

ALTERNATIVAEDITORIAL



EL INVENTOR DEL MAÑANA

LA ASOMBROSA VIDA DE MODESTO C. ROLLAND

JORGE PEDRO URIBE LLAMAS

EL INVENTOR DEL MAÑANA

EL INVENTOR DEL MAÑANA

La asombrosa vida de Modesto C. Rolland

Jorge Pedro Uribe Llamas

ALTERNATIVA EDITORIAL | 2025

© 2025 Jorge Modesto Rolland Constantine
© 2025 Alternativa Editorial
La Paz, Baja California Sur, México
www.alternativaeditorial.com

Texto: Jorge Pedro Uribe Llamas
Ilustraciones: Thalía Mendoza
Coordinación editorial: Alejandra Barrera
Cuidado de la edición: Sandino Gámez

ISBN 978-607-69920-3-6
IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

UN ESPÍRITU RENACENTISTA

Es bien fácil entusiasmarse con Modesto Rolland, dejarse inspirar por su obra. Es el tipo de mexicano que da gusto tener cerca. Pasa que él no vive en el pasado, entre 1881 y 1965 exclusivamente, sino que aún se encuentra entre nosotros. Este ilustre sudcaliforniano que tanto hizo por México —este ilustre mexicano que tanto hizo por Baja California Sur, Baja California, Yucatán, el Istmo de Tehuantepec y Veracruz— fue igual de importante para la primera mitad del siglo xx como lo es para nosotros actualmente. ¿De qué forma? Este libro trata de contestar, toda vez que repasa su vida y obra trayendo al presente sus aportaciones.

En ese sentido, no se trata del típico relato biográfico, sino que funciona igualmente como una especie de guía para jóvenes que se propongan transformar el país.

Si tuviéramos que resumir en una frase el legado de don Modesto, nos veríamos en la dificultosa tarea

de conciliar conceptos tan disímiles como «ingeniero civil», «maestro», «inventor», «funcionario», «comunicador»... Pero ¿no somos así los mexicanos? Complejos, poliédricos. Por eso nos gusta «espíritu renacentista». Aunque también podríamos echar mano de «constructor del México moderno» o «apóstol del progreso», títulos de los libros de Jorge Rolland y Justin Castro, respectivamente escritos en 2017 y 2019. Ambos suponen la fuente principal de esta obra divulgativa.

Pero mejor dejemos las definiciones para cuando el Consejo Consultivo de la Rotonda de las Personas Ilustres se anime a incluir a Rolland (pronúnciese como palabra aguda, a la francesa) entre sus inquilinos insignes. Es cuestión de tiempo, habida cuenta de sus contribuciones en política, fervor patriótico y lealtad hacia las instituciones del país.

Entretanto, tomemos nota nosotros de una primera enseñanza que ya nos deja Modesto: dejar a un lado las etiquetas, atrevernos a intentar diferentes caminos. El futuro le pertenece a los inquietos.

«La vida del ingeniero Modesto C. Rolland es un reto para historiadores y novelistas. Ojalá alguien lo acepte», escribió en 2010 Milton Castellanos, ex gobernador de Baja California, aludiendo a la profundidad del personaje. Lo bueno que este no es un libro de historia, mucho menos una novela, sino una crónica que se concentra en su faceta como revolucionario e ideólogo.

Don Modesto —pionero en la enseñanza y el uso del concreto armado, promotor de la planificación urbana y los Puertos Libres Mexicanos, etcétera— fue un pensador visionario cuyos proyectos han tenido un impacto tangible en la infraestructura y políticas públicas del México actual. Para muestra, el Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec, organismo creado en 2019 por decreto presidencial de Andrés Manuel López Obrador.

Bienvenidos, pues, a este volumen escrito para el gran público, una especie de «Modesto C. Rolland para principiantes» que esperamos sea capaz de dejar picado al lector este 2025 que se cumplen 60 años de la muerte de nuestro amigo y un siglo de su magnífico Estadio Xalapeño.

EL LÍMPIDO CRISTAL DE UN ESPEJO

Don Modesto parece personaje de Carlos Fuentes. El típico ideólogo-hacedor de la revolución y posrevolución que anduvo por todos lados y ayudó a construir el nuevo país desde distintos frentes. Como José Vasconcelos o Manuel Gamio, por citar dos ejemplos chonchos, contemporáneos. Pero mexicanos así abundaron en la primera mitad del siglo xx y por suerte tenemos chance de aprovechar sus ideas; el México actual les debe un montón y sus veneros se mantienen aún frescos.

Nuestro amigo Rolland anduvo por mil sitios, efectivamente, y esa es la razón por la que se le recuerda lo mismo en la península de Yucatán y Veracruz, entre otras regiones, que en la Ciudad de México, donde sus obras perduran. Sin embargo, no debemos olvidar—él nunca lo hizo— que su lugar de nacimiento y primera formación fue la ciudad de La Paz, perla del golfo de California.

Modesto C. Rolland Mejía nació el 15 de junio de 1881. Aún faltaban seis años para que Porfirio Díaz decretara la división del Territorio Federal de la Baja California en dos distritos. Comoquiera, La Paz ya era una población que, igual que hoy, olía y sabía a callo garra de león y guayabate exquisito. Se vivía bien. Contaba con poco más de cuatro mil habitantes, así como con «una plazuela con jardín, algunos edificios y un espacioso muelle que en las tardes y noches de verano sirve de reunión y recreo», a decir de una crónica aparecida en 1894 en *El Correo de La Paz*, cuyo autor compara la bahía con el «límpido cristal de un espejo». Ya había hoteles decentes como el Progreso, el Americano y el Providencia y un par de tiendas de postín, Casa Ruffo y La Torre Eiffel. Aunque no un teatro aún, por lo que la superfamosa cantante Ángela Peralta se vio obligada a dar su último concierto en vida, acompañada de una compañía de ópera italiana de 80 integrantes, en los corredores de la Casa de Gobierno. Esto en 1883, cuando nuestro Modestito comenzaba a decir sus primeras frases.

A todo esto, ¿qué significa la C de Modesto C. Rolland?

—Fue un misterio mucho tiempo —nos dice Jorge Rolland, su nieto ingeniero—. Unos decían que Carlos, otros que César. Pero encontramos en su

acta matrimonial con Virginia Garza y el acta de nacimiento de mi padre que significa Crescenciano. No le gustaba, por eso siempre utilizaba la C.

Pero lo que de verdad nos inquieta es entender cómo de una ciudad tan alejada del mundo como era La Paz en los 1880 pudo surgir una figura tan destacada en la historia del México moderno, alguien así de interesado en los conocimientos técnicos y políticos más avanzados de su tiempo, según veremos en las páginas siguientes.

«Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud», escribió Julio Torri y la actitud de Rolland siempre estuvo marcada por su entorno familiar. Por una parte, su madre provenía de un fecundo núcleo de maestras de escuela y, por la otra, su padre, nacido en el puerto de Brest, Francia, era un carpintero que había llegado a México en 1853 y sabía trabajarle duro; para 1887 ya andaba dándolo todo en una compañía minera en Santa Rosalía, hermoso pueblo sudcaliforniano a 500 y cacho kilómetros al norte de La Paz.

Enunciemos sus nombres: María de Jesús Mejía Altamirano y Jean François Rolland Lars. Es importante honrar a los progenitores, como también lo es recordar que, sin importar el origen de cada persona, siempre es posible tirar alto y esa es otra lección que nos aporta Rolland. La clave está en la visión y el carácter.

Nos cuenta Jorge:

—Por ser el menor de once hermanos y tener hermanas, tías y mamá maestras, mi abuelo siempre fue muy inquieto intelectualmente. Todo el tiempo estaba pensando en innovar. Su visión era ayudar y mejorar el país, era de carácter muy desprendido.

Sabemos que Modesto hizo sus primeros estudios en Santa Rosalía y La Paz, en escuelas fundadas y dirigidas por sus hermanas. Desde niño mostró aptitudes para las matemáticas y en una boleta de calificaciones, a los ocho años, podemos ver que obtuvo una B en comportamiento.

En 1896 viajó a Culiacán para ingresar al renombrado Colegio Rosales, antecesor de la Universidad Autónoma de Sinaloa, a fin de cursar la carrera de Profesor de Instrucción Primaria, que terminó en julio de 1900 en calidad de interno y es posible que becado. Una foto de la época lo muestra bien peinado y muy serio.

UNA CIUDAD «DE TRUENO»

Con la intención de prosperar en la vida, y seguro que acicateado por su madre, Modesto se trasladó en enero de 1901 a «la vasta contradicción de la capital», según un verso de Ramón López Velarde. Solo y sin conocer a nadie, bien lurio y con acento entre cho-yero y culichi. Al principio quiso estudiar medicina, pero la carrera le pareció demasiado larga, por lo que mejor se metió a ingeniería civil en la Escuela Nacional de Ingenieros, que tenía su sede en el soberbio Palacio de Minería.

Para sufragar sus estudios se puso a trabajar como maestro de primaria. «Fue mi primer herramienta para luchar en la vida», solía decir y toda su vida se sintió orgulloso de dar clases.

Terminó graduándose en tres años, entre 1903 y 1905, cuando normalmente se necesitaban cuatro. Por si fuera poco, en el ínterin se las arregló para tomar un curso de cálculo en Pachuca. Tardaría un tiempo más



$2+7$

CASA DE ASISTENCIA

• EL BORGEGUI •

en titularse. Es comprensible: tanto trabajo y estudio a la vez. Quien esté libre de titulación inconclusa que tire la primera piedra.

Tratemos de imaginar la Ciudad de México a la que llegó nuestro amigo con 19 añitos. Federico Gamboa la describe hacia 1903 con «acres olores de muchedumbre, resinosos aromas de fogata y una brisa tibia que purificaba el aire, agitaba banderas, colgaduras y faroles». Con poco más de 500 mil habitantes y una superficie de 40 kilómetros cuadrados (el doble de lo que hoy tiene La Paz), México era una ciudad cuya vida se concentraba en lo que hoy es el Centro. Había pocas colonias: los Arquitectos (San Rafael), Santa María la Ribera, Guerrero, los antecedentes de la Juárez y casi que párale de contar. La Roma apenas estaba por fraccionarse.

Una renta mensual fluctuaba entre los 35 y 250 pesos, dependiendo la zona. ¿Con cuánto presupuesto llegaría Rolland? Suponemos que con muy poco, pues para instalarse en una casa de asistencia tuvo que dejar su abrigo en prenda, en lo que encontraba un trabajo. Por lo tanto, podemos imaginarnos que, en lugar de comprarse un traje elegante en La Casa de Moda sobre Avenida Juárez, lo haría en La Samaritana, sobre la calle del Empedradillo, donde los precios comenzaban desde 15 pesos. ¿Y los zapatos? Probablemente en El Borceguí.

Del mismo modo, dudamos que pudiera pagarse un filete Wellington en La Maison Dorée, restaurante de amplios ventanales y fachada de madera sobre la calle de San Francisco, donde era común encontrarse a Ignacio de la Torre, yerno de don Porfirio, bebiendo café a la cubana. Mucho menos acudiría al restaurante de Sylvain Daumont, que estaba «de trueno», como decían entonces los ricos.

Si acaso Modesto se solazaría de tarde en tarde, a cambio de 10 centavos, en la sala de exhibición de «vistas» que había instalado el ingeniero Toscano en Jesús María 17 (el primer cine en forma sólo abriría en 1906 en la Casa Borda) y seguro que alguna vez visitó el celeberrimo Circo Orrín en la Plaza de Villamil. El vals romántico «Sobre las olas» de Juventino Rosas sonaba por todas partes.

México era una ciudad casi sin coches. Apenas en 1895 había llegado el primero, de Francia: un Delaunay-Belleville de seis válvulas, potencia máxima de 21 caballos de fuerza y una velocidad de máximo 16 km/h (el límite en el Reglamento de Tránsito era de 10). Para 1906, se calcula que ya había cerca de 800.

En enero de 1901, cuando Modesto llegó a la capital, ya habían iniciado las obras de la Columna de la Independencia, no así las del Palacio de Bellas Artes, y del Hemiciclo a Juárez ni hablemos. Por su parte, el Palacio Postal sólo sería terminado en 1907 y

el de Comunicaciones hasta 1911. En toda la ciudad no había un solo edificio de concreto armado.

El gobernador del Distrito Federal era Ramón Corral, y Porfirio Díaz aún dormía plácidamente en su casa de Cadena 8 (su número de teléfono era 64).

Mucho que procesar para la mente del joven Modesto. Pero él, queda claro, se dedicó más a sus estudios y dar clases, pues era muy disciplinado. Ya hemos dicho que al principio fue maestro de primaria, pero luego, poco antes de egresar, lo invitaron a dar la cátedra de Prácticas de Topografía en San Jacinto (Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, precursora de Chapingo) y casi enseguida, en 1905, lecciones de matemáticas en la materia de Topografía, Drenaje y Riego. Por aquellos años también fue docente de matemáticas y otras materias técnicas en el Colegio Militar y en su *alma mater*.

En 1906 publicó dos libros técnicos, *Levantamiento de polígonos* (reimpreso 10 años después en Yucatán) y *Lecciones sobre presas*, con la intención de apoyar a sus alumnos de Topografía.

Par de golazos para alguien de 25.

RESPIRADEROS, FACHADA, MEMORIA

Modersto Rolland obtuvo su primer trabajo importante como ingeniero civil gracias a Manuel Marroquín y Rivera, maestro y mentor con quien colaboró en el cálculo, diseño y construcción del Acueducto de Xochimilco de finales de 1905 a finales de 1908. Nada menos que una de las obras de infraestructura más ambiciosas del Porfiriato; a decir verdad, la única en la que chambeó puro mexicano. No dudamos en ponerla al nivel del Acueducto de Guadalupe de mediados del siglo XVIII, sólo que ahora con técnicas modernas, notablemente el concreto armado.

La idea: excavar pozos para conducir el agua de los manantiales de Xochimilco por medio de un acueducto —subterráneo, de concreto armado— hasta una planta de bombeo en la colonia Condesa y de ahí mandarla a cuatro enormes tanques de regulación en la Loma de Rey, en el Bosque de Chapultepec, para finalmente distribuirla por gravedad hacia la zona

ponente. Cada uno de estos tanques tiene una capacidad de 52 mil metros cúbicos y desde 1942 y 1954 forman parte del Sistema Lerma-Cutzamala.

La meta: proveer de más de 2 mil litros de agua por segundo a la capital, suprimiendo de una vez el abasto contaminado de Chapultepec, el Desierto de los Leones y el Río Hondo de Naucalpan.

Idea y metas conseguidas y con ello se redujo el promedio de enfermedades gastrointestinales a la mitad.

Si bien el ingeniero Marroquín fungió como director técnico, hubo otros colegas involucrados en el proyecto: Alfredo Alvarado, Octavio Dubois, Ángel Ortiz Monasterio, Alberto J. Pani, Miguel Rebolledo, Juan Francisco Urquidi... Puro *big name*. En consecuencia, nuestro joven Modesto fue capaz de foguearse con gente muy destacada. Primero como ayudante del mero jefe (calculista y proyectista de los tanques en Chapultepec, entre otras tareas) y ya luego en la ejecución de obras, específicamente la cimentación de la preciosa Casa de Bombas de la Condesa. Finalmente se le comisionó la construcción del vertedor de La Piedad y el último tramo del acueducto circular, pero ahora como residente titular.

Fue una etapa trascendental para Rolland, ya que pudo especializarse en el cálculo y aprender el uso del concreto armado de mano del ingeniero Marroquín,

quien había trabajado en el Gran Canal del Desagüe (1900). «Hazte de un maestro y consíguete un amigo», recomienda un adagio. Modesto lo aplicó al pie de la letra y ese es otro aprendizaje que le deja a los jóvenes. Siempre trae resultados.

Mientras los ingenieros se esforzaban por lograr un acueducto a nivel de suelo o un poco más abajo, vientos audaces corrían veloces en la superficie. Los coches mismos se apresuraban: en agosto de 1906, el Reglamento de Tránsito ya permitía una circulación de hasta 40 km/h. Esos fueron los años del picudísimo Julián Carrillo, el Tigre de Santa Julia, la huelga de Cananea, los hermanos Flores Magón, el arrojado héroe de Nacozari, las huelga en las fábricas textiles de la región orizabeña, el debut de la *vedette* María Conesa, el último encarcelamiento del periodista Filomeno Mata y la entrevista de Porfirio Díaz con el reportero Creelman. Cada nombre y suceso merecería su propia serie de Netflix.

La magna obra hidráulica hace tiempo que no se usa. Con todo, aún quedan vestigios materiales e intangibles que es posible apreciar.

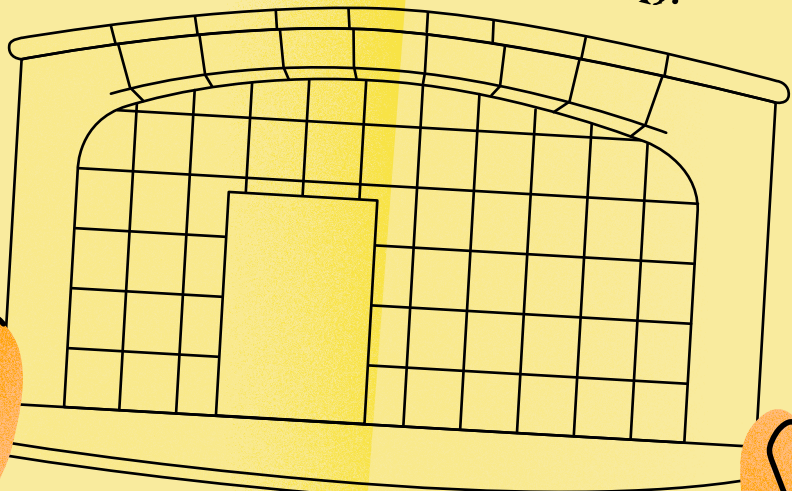
En primer lugar, las coquetas torres de respiración sobre Calzada de Tlalpan, División del Norte, Alfonso Reyes y otras vialidades. Hemos leído que fueron colocadas cada 333 metros para permitir la salida del aire desde el subsuelo. A ambos lados de cada una



ELEMENTOS DE CALCULO



MODESTO C. ROLLAND.



INGENIERO CIVIL (E. N. de I.)
ESPECIALIDAD EN CONCRETO ARMADO.

$$f(x) = \ln$$

$$g(x) = a$$



se levantaron estructuras con compuertas para separar el acueducto en tramos, en caso de ser necesario, así como registros por si hubiera que entrar a reparar el ducto.

También ahí sigue la Casa de Bombas de la Condesa, mejor dicho su fachada, ya que al suponer un obstáculo para el trazo de nuevas avenidas acabó siendo desmantelada, trasladada y reconstruida piedra por piedra en la entrada del Bosque de Tlalpan, frente al Colegio de Ingenieros Civiles de México. Hoy aloja una casa de cultura.

Por último, contamos con la memoria de los xochimilcas.

El periodista local Abel Ruiz Celin, de 41 años, emprendió un recorrido a pie en julio de 2022 desde San Luis Tlaxialtemalco hasta la esquina de Alfonso Reyes y Diagonal Patriotismo. La ruta entera del acueducto de 32 kilómetros le tomó 14 horas. Su crónica peripatética se incluye en el libro *Historias Metropolitanas 6* (UAM, 2023), de donde extraemos lo siguiente con su generoso permiso:

Km. 32. Tlaxialtemalco San Luis. Este sitio, donde brotaba el manantial Acuexcómatl o El Encanto, hoy es el Centro de Cultura Ambiental Acuexcómatl. Hay dos Casas de Bombas, la grande y la chica.

Km. 29. Atlapulco San Gregorio. Es el principal pueblo xochimilca donde se siembra en chinampa con el método del chapín. En la parte cerril del pueblo existen sitios donde se practican rituales asociados al maíz y la fertilidad.

Km. 26. Acalpixca Santa Cruz. Existen casas en torno al cerro Cuahilama, zona donde se sembró el pueblo xochimilca cerca del siglo X. En el camino del acueducto está un vertedor (se erigieron otros cada cinco kilómetros aproximadamente) que ahora funciona como iglesia. Servía para derramar agua y con esto evitar una presión elevada en el interior. La calle Retorno La Planta la une con el Museo Arqueológico Xochimilco, antigua Casa de Bombas. Encuentro el primer respiradero. Tiene marcado en la base recubierta con cantera: «K 24.333». Se refiere a la distancia, en kilómetros, existente entre ambas terminales [del acueducto].

Km 24. Zacapan Santa María Nativitas. Al cruzar la carretera Xochimilco-Tulyehualco y avanzar algunos metros se llega a la Casa de Bombas. Vacía. El suelo perforado. Grafitis en las paredes. Cuentan que por estos rumbos —allá por 1950, cuando el Lago de Xochimilco agonizaba por el agotamiento de sus manantiales— un hombre caminaba de Xochimilco a Nativitas. Una mujer andaba entre los árboles. Él no dudó en galantearla. Ella le siguió el juego. Él

tocó su cuerpo. Al llegar a los muslos sintió escamas, se asomó y vio la cola de pescado de la mujer. La sirena estaba dispuesta a remediar la escasez de agua a cambio de un poquito de amor. El hombre huyó despavorido. Murió de espanto.

UNA REVOLUCIÓN CONSTRUCTIVA

En 1908 Modesto pasó a llamarse don Modesto. Ya podía dejarse el bigote. No sólo acababa de participar activamente en una superobra ingenieril que transformaba la vida de la capital, sino que la suya propia evolucionaba igualmente, incesante. Un año antes se había casado con la guapa y sobresaliente maestra Virginia de la Garza y es probable que para la ocasión haya podido comprarse, ahora sí, un traje elegante en La Casa de Moda sobre Avenida Juárez. Con la satisfacción de un *self-made man*, como dicen los gringos.

Adicionalmente, a fines de 1908 don Modesto organizó un Club de Ingenieros con el fin de ayudar en los problemas gordos del país. Por decir, la nacionalización de los ferrocarriles, ese largo proceso iniciado en diciembre de 1906 y continuado dos años después al crearse Ferrocarriles Nacionales de México (agrupando varias líneas controladas por inversión extranjera), aunque sólo consumado hasta 1937.

Pero, ¿qué tenía que estar haciendo un grupo de ingenieros discutiendo esos temas?

Resulta que los ingenieros civiles del Porfiriato eran gente inquieta y propositiva, y así tendría que ser siempre, sin importar si se es médico, aseador de calzado, portero de futbol, biólogo marino o comerciante. El futuro de México depende de todas las profesiones. Eso lo tenían claro personajes como Miguel Ángel de Quevedo y Alberto J. Pani, quienes con el tiempo llegarían, respectivamente, a fundar la Sociedad Forestal Mexicana y encabezar la Secretaría de Relaciones Exteriores. Tenemos mucho que aprender de esa generación de ingenieros civiles sucedida por Concepción Mendizábal, Francisco J. Serrano, Luis Barragán, Leonardo Zeevaert, Ángela Alessio Robles, Boris Albin y Emilio Rosenblueth, entre otros, y cuyo elemento bisagra fue nuestro amigo Rolland.

En 1909, don Modesto iniciaba su etapa más creativa como profesional de la ingeniería civil en solitario. En primer lugar, por fin se recibía como ingeniero. Por otro lado, ya había empezado a construir casas, comercios y oficinas en colonias nuevas como la Roma y la Cuauhtémoc. Desde entonces don Modesto se distinguía por la aplicación de tecnologías constructivas de vanguardia, a raíz de su experiencia en el Acueducto de Xochimilco. Sabemos que para ese año ya tenía instalado un taller de prefabricados en

la Calzada de la Teja, hoy calle de Villalongín, donde produjo elementos para ser montados en el salón de exposición de los automóviles Fiat sobre el Paseo de la Reforma, casi en la esquina con Budapest. Mucha gente recuerda ese sitio por el restaurante Shirley's, famoso por su pollo frito y los *sandwiches*. No obstante, debería ser más conocido por el arco de concreto ¡de 22 metros de claro!, que se aventó nuestro amigo. Hace falta una placa conmemorativa en Reforma 108 (antes 96).

Durante años se publicó una foto de la espectacular obra en la *Revista de Ingeniería* de la Sociedad de la Escuela Nacional de Ingenieros para anunciar los servicios de Rolland como especialista en la construcción con concreto armado, y todavía en los años sesenta una publicación de la Cámara Nacional del Cemento la calificó como una de las más atrevidas del Porfiriato, colocando a su autor entre los impulsores de la flamante técnica junto con Manuel Marroquín, Ángel Ortiz Monasterio y Miguel Rebolledo.

Si nos fijamos bien, 1909 era bastante temprano. Antonio Gaudí apenas andaba experimentando con el concreto armado en su Parque Güell de Barcelona. Sólo seis años antes se habían construido el edificio de la Rue Franklin en París y el Ingalls Building en Cincinnati. El concreto había llegado a México hacia 1902, aunque sólo usándose en grandes obras de ingeniería

como el Gran Canal del Desagüe del Valle de México o para cimentar, como fue el caso del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1903.

En términos de arquitectura, podemos citar dos casos notables anteriores al salón de la Fiat: la Ferrería y Mercería El Candado (1903) en el Centro de Mérida y la casa del arquitecto Adamo Boari (1908) en la colonia Roma. Tal vez también el faro de Nautla. El arquitecto Axel Arañó, curador de la exposición «Brutalismo arquitectónico en México» (2023-2024) en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México, nos recuerda que la Estación Camino de Hierro en Veracruz sólo sería terminada en 1911. «Falta una buena historia de la construcción en México», se lamenta.

No está de más recordar que el concreto armado o reforzado es una técnica que combina el cemento (con arena, grava y agua) con barras de acero corrugado (como armadura), volviéndose idónea para elementos estructurales como vigas, pilares, muros, cimientos y forjados. A partir de la patente registrada por François Hennebique en Europa en 1892, este sistema supuso una auténtica revolución. La arquitectura se industrializaba, haciendo más rápidas, costeables y duraderas las construcciones. También más resistentes: al ser capaz de absorber y disipar energía, el cemento armado resulta provechoso para estructuras sujetas a explosiones o impactos. Y a terremotos.

Y qué decir del diseño. De no haber sido por dicha técnica, no se habría desarrollado el movimiento moderno. Ni el edificio de la Lotería Nacional en la Ciudad de México ni las maravillosas casas de la colonia Americana en Guadalajara ni el *art déco* de Carlos Obregón Santacilia ni el refinamiento de Barragán ni las hipérbolas paraboloides de Félix Candela ni el brutalismo de Abraham Zabludovsky ni las estaciones del Tren Maya ni...

Modesto Rolland fue de los primeros en emplearla, pero también en enseñarla. Todavía en 1909 —¡vaya año!— impartió la primera clase de Cemento Armado en México, con énfasis en el cálculo y diseño, en la Escuela Nacional de Ingenieros, apoyándose en el laboratorio de Procedimientos de Construcción. Una lección de bonhomía para los futuros ingenieros civiles: compartir lo que se aprende, máxime si uno va a la cabeza. Por eso el ingeniero Rolland imprimió un primer manual de cemento armado en español en México, *Elementos de cálculo* (1910), al principio para sus estudiantes. En los años cuarenta se reeditó dos veces.

Por si fuera poco, don Modesto nunca dejó de estudiar y promover las posibilidades de su adorada técnica y para muestra, cuatro botones: la conferencia «Procedimiento científico para hacer concreto» (1911) ante la Sociedad Científica Antonio Alzate («para el ingeniero de hoy en día, el concreto tiene una

importancia capital, pues es el material que derrotará a todos los conocidos»), su participación en el primer reglamento de cemento armado en México (1912), el puesto de director en la Comisión para el Impulso del Uso de Cemento Armado en México (1912) («protesto que haré cuanto pueda para que este asunto adelante en el país, pero no deseo que marque sueldo, no es un quijotismo mío estúpido, tampoco orgullo vano, es un escrúpulo») y las 11 patentes que registró entre 1912 y 1926 de productos y procedimientos de construcción, sobre todo prefabricados de concreto: tabicones huecos, tinacos, trabes, una bomba de agua movida por el viento...

¡Modesto fue también inventor!

UNA REVOLUCIÓN CIVIL

Mil novecientos nueve, ¡vaya año! En enero, un intelectual coahuilense de familia rica, ilustrada y patriota fundaba en su estado el Club Democrático Antirreeleccionista y el último día de ese mes ponía a circular su libro *La sucesión presidencial en 1910: El Partido Nacional Democrático* por todo el país, vendiendo miles de ejemplares en los primeros meses. En sus páginas se planteaba la necesidad de eliminar la dictadura porfirista, que al parecer sólo servía para perpetuar el poder de una élite; había que establecer una democracia y un estado de derecho que hiciera frente a la desigualdad económica. El coahuilense en cuestión, originario de Parras de la Fuente, se llamaba Francisco I. Madero y es bien sabido que, al menos en un inicio, era un entusiasta de Ricardo Flores Magón.

En la primavera, sus ideas comenzaron a cobrar fuerza y a circular como pólvora con el mismo ímpetu que la «Marcha de Zacatecas» (1892).

1910

SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCIÓN



El 19 de mayo de 1910, en la Ciudad de México, se instaló el Centro Nacional Antirreeleccionista en la calle de Tacuba, en una casa frente a la panadería La Vasconia, teniendo como presidente al indeciso Emilio Vázquez Gómez. Tres días después, el Centro se constituía en Partido Nacional Antirreeleccionista, antecedente del Constitucional Progresista. En ambas fundaciones figuró nuestro amigo, el nada indeciso Modesto C. Rolland, quien siempre se mantuvo leal a Madero. Compartían ideales y después de todo sólo se llevaban ocho años. Estamos acostumbrados a ver al coahuilense con su barba de piocha y vestido de traje, por lo que solemos pensar en él como un señorón, pero en mayo de 1910 tenía apenas 36 años y estaba lleno de vigor. Un verdadero rockstar que hoy daría gusto escuchar.

El programa del nuevo partido no podía ser más claro: «Sufragio efectivo, no reelección», y uno de sus propósitos era crear clubes antirreeleccionistas a lo largo y ancho de la república.

Al mes siguiente, apareció el primer número del periódico *Antirreeleccionista*, dirigido, ahí nomás, por José Vasconcelos. Entre sus colaboradores se contaba a Luis Cabrera. Con gente así —pero también Aquiles Elorduy, Filomeno Mata y Félix Palavicini— comenzó a codearse el ingeniero Rolland, que tal vez ya había perdido su acento *choyero*, pero no su afán de contribuir al bienestar de su estado, según veremos enseguida.

Pero antes dos noticiones más de la época: el establecimiento del Ateneo de la Juventud, en 1909, por parte de un grupo de intelectuales que criticaban el positivismo tan típico del Porfiriato, y el inicio del Año del Centenario. A medianoche del primero de enero de 1910, las campanas de los templos de la capital repicaron al unísono. Se organizó una gran serenata y desde el atrio de la Catedral se lanzaron fuegos pirotécnicos que de algún modo parecían anticipar la tremenda revolución mexicana que estaba a tres, dos, uno de estallar.

Los inicios de este proceso bien pueden resumirse así: tras una intensa campaña, Francisco I. Madero fue encarcelado, logrando huir de prisión (disfrazado de mecánico, qué listo) para proclamar desde Texas el Plan de San Luis, fechado en octubre de 1910, incitando a una rebelión armada para el 20 de noviembre. En poco tiempo, respaldado por la población rural —gente con cuacos, gente sin cacles—, las fuerzas del coahuilense derrocaron al dictador Porfirio Díaz, quien terminó exiliándose en mayo de 1911. Lo sustituyó el interino Francisco León de la Barra y, por fin, el seis de noviembre de ese mismo 1911 Madero asumió la presidencia.

Un resumen aún más sucinto queda expresado en el «Corrido del Levantamiento de Madero»: «Porfirio tenía sus buques / dispuestos para pelear, / Madero tenía esperanzas / de acabarlo de matar».

Don Modesto no conoció a don Porfirio, pero sí tuvo chance de charlar con el presidente interino y, qué emoción, con Madero. En ambos casos, como secretario del Club Progresista Californiano, organismo ciudadano, independiente, de «californios» residentes en la Ciudad de México al que había sido invitado en 1911 por su paisano el profesor Carlos Meza. La sede estaba en el número 66 de la Avenida Juárez, enfrente de la Alameda.

La reunión con León de la Barra tenía el propósito de animarlo a desarrollar la minería, la agricultura y las vías de comunicación en la península de California, así como ayudar a reorganizar la instrucción pública y en la medida de lo posible poblar el territorio peninsular. También había que revisar las onerosas concesiones que habían sido hechas a compañías extranjeras en el pasado. Pero lo más importante era pedirle que separara el mando militar del civil y éste fuera encabezado por un hijo de esa tierra.

Por su parte, en la entrevista con el presidente Madero se platicó sobre cómo mejorar en general las condiciones políticas, sociales y económicas de toda la península, y una nota en un periódico asegura que «el señor Madero recibió afablemente a la comisión, sorprendiéndoles gratamente el conocimiento profundo que tenía de las necesidades del territorio».

Ambas reuniones fueron un éxito, lástima que al final no hubo tiempo ni condiciones para poner en marcha los planes.

Simultáneamente, don Modesto fundó un club propio en 1911 para la segunda campaña de Madero, en el cual fungió como presidente: el Antirreeleccionista Francisco Díaz Covarrubias, con sede en la calle de 5 de Mayo 20, también en el Centro. Era como una extensión de su Club de Ingenieros y su razón de ser eran la difusión del civismo y el sostenimiento de las ideas democráticas, entre otros nobles propósitos. En el fondo, los tres clubes se enlazaban entre sí con el fin de coadyuvar a fortalecer la soberanía del país y el nacionalismo económico.

«Coadyuvar» es una palabra que usan mucho los políticos, como también lo era «mexicanización» en los años de Madero. La idea de nacionalizar los ferrocarriles era una de las obsesiones de Rolland y en favor de ella trabajó incansablemente, ora a nombre de otras agrupaciones y partidos políticos, ora desde su club Díaz Covarrubias en sendas cartas dirigidas al secretario de Hacienda en septiembre y octubre de 1911.

También firmó la exhortación: «Un llamamiento patriótico a todos los mexicanos», publicada en un diario en abril de 1912, pocos meses después de que Madero asumiera la presidencia y su gobierno empezara a recibir ataques por parte de orozquistas

y zapatistas. A eso había que sumarle los rumores de una posible intervención extranjera. Dicho llamamiento «sin color político» invitaba a la ciudadanía a prepararse en términos prácticos, por si las moscas. El texto no trataba de «pedir al gobierno elementos de ningún género, sino más bien proporcionar a éste el mayor auxilio posible». Lo signaban Rolland y seis personas más.

Podría parecer que nuestro ingeniero empezaba a politizarse velozmente, pero en realidad sus esfuerzos eran más de índole civil y patriota. Otro ejemplo es el «Manifiesto a la nación» que emitió una Agrupación Democrática Pacificadora Nacional, donde también aparece su firma: «Conciudadanos: la patria exige imperiosamente el concurso de todos sus hijos para hacer que la paz reine en la república y ha llegado el momento de deponer odios y rencores con el fin de salvarla».

¡Modesto fue también activista!

CONSTITUCIONALISMO Y MUCHOS VIAJES

Para entender el declive del maderismo bien podemos referirnos a la novela *Andrés Pérez, maderista* (1911), considerada la primera de la revolución. Escribió su autor Mariano Azuela que «el rápido triunfo de Madero fue la causa mayor de su caída, por no haber dado tiempo a que madurara en la conciencia del pueblo». Pero también hay una frase muy buena que se avienta un personaje de *Tierra* (1932) de Gregorio López y Fuentes:

—Lo que no me gusta es que el señor Madero se haya rodeado de catrines en cuanto entró en México.

No obstante y para acabar pronto, el responsable no fue otro sino Victoriano Huerta. Se dice que la canción «La Cucaracha» trata de él. Así pues, habrá que detenernos un poco en la Decena Trágica y sus consecuencias inmediatas.

A principios de 1913 aún vemos muy activo a don Modesto ayudando a su amigo Manuel Urquidi a

organizar la Subsecretaría de Comunicaciones. También por aquellos días moría el grabador y dibujante José Guadalupe Posada. Casi nadie podía imaginarse lo que estaba a punto de ocurrir: acontecimientos que cambiarían el curso de la revolución y la vida misma de Rolland.

La Decena Trágica fue un golpe de Estado provocado por Manuel Mondragón, Bernardo Reyes y Félix Díaz (sobrino de don Porfirio) para derrocar a Madero. La sublevación empezó el nueve de febrero, cuando los rebeldes intentaron apropiarse de Palacio Nacional, pero al ser repelidos se acuartelaron en la Ciudadela. Entonces Madero decidió apoyarse en Felipe Ángeles y —ay— Victoriano Huerta. Según un cálculo aproximado, para el martes 11 el número de víctimas mortales rebasaba los 500. Los cañonazos entre Palacio y la Ciudadela causaron abundantes muertos y heridos, así como graves daños en edificios aledaños. El Día de San Valentín ya había gente exigiendo la renuncia del presidente y su vicepresidente José María Pino Suárez. Finalmente Madero y parte de su gabinete fueron aprehendidos por el traidor Huerta, quien después de mandar torturar, humillar y fusilar al diputado Gustavo A. Madero, hermano de don Francisco, protestó —triquiñuelas de por medio— como encargado del Poder Ejecutivo. El día 22 acabó con la vida de Madero y Pino Suárez.

Rápidamente, Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, puso el grito en el cielo desconociendo a Huerta y a través de un manifiesto con fecha del cuatro de marzo pidió a gobernadores, jefes de armas, autoridades y ciudadanía en general que le hicieran segunda en su propósito de restaurar el orden. Es probable que don Modesto leyera con entusiasmo ese texto. Días más tarde, Carranza proclamó el Plan de Guadalupe para reiterar su desconocimiento a Huerta, crear el Ejército Constitucionalista (él mismo como primer jefe) y convocar a elecciones tan pronto como hubiera condiciones de paz.

Así nació el constitucionalismo, una lucha contra el traidor y a la vez una versión 2.0 del proyecto maderista. No era extraño, pues, que nuestro amigo Rolland se volviera constitucionalista de hueso colorado. Tras el horrible magnicidio, decidió presentarse en el Colegio Militar para renunciar a su cátedra y hablar por última vez ante sus alumnos:

Les expliqué —escribió en una publicación posterior en Nueva York— el curso que tomaría el ejército, y que serían el instrumento de un traidor para derramar sangre mexicana. Esa misma tarde fui despedido de mi puesto. Desde ese momento en adelante fui perseguido. Finalmente, un día me sacaron de



MEXICAN
BUREAU OF
INFORMATION

mi oficina y me llevaron a una obscura celda, donde me detuvieron en solitario por un mes.

Lo liberaron en los últimos días de junio, pero ya casi no tenía chamba y cada uno de sus movimientos era vigilado de cerca, por lo que en cualquier momento podía ser devuelto a la Penitenciaría de Lecumberri. Así, en noviembre optó por huir del país abordando a escondidas un barco en Veracruz para llegar a algún puerto en Estados Unidos. Dejaba provisionalmente a su esposa Virginia y cuatro hijos pequeños, uno de ellos prácticamente recién nacido.

La canción «Ojos Tapatíos» acababa de estrenarse ese año en el Teatro Principal: «Los aires esparcen aromas mejores / y todas las flores suspiran de amor».

A Modesto C. Rolland se le recuerda como un visionario de la ingeniería civil, pero no debemos olvidar que su impronta también se sintió en sus ideas de vanguardia en pro de la patria. De ello debió darse cuenta Carranza cuando tuvieron chance de conocerse en Ciudad Juárez a finales de marzo de 1914, merced al secretario de Comunicaciones. Sabemos que se cayeron bien, ambos eran patriotas y gente educada —encima, sus esposas se llamaban igual—, por lo que platicaron a gusto sobre la reconstrucción del país, la importancia de la unidad nacional, el

problema agrario como piedra angular del desbalance social y muy especialmente sobre el sistema escolar. Un gran deseo del primer jefe, economista por experiencia, liberal por convicción, era desarrollar una red de escuelas gratuitas, obligatorias y progresistas en México.

—No se hable más—nos imaginamos que dijo—, desde ahora quiero que usted me acompañe en mis planes de reconstrucción nacional.

—¿Para qué soy bueno?

—Aprovechando su experiencia como maestro e ingeniero, y ahora que vive en Estados Unidos y habla razonablemente bien el inglés, ¿por qué no me ayuda estudiando la estructura organizacional de los gobiernos municipales de allá y su sistema de escuelas rurales? Y ya de una vez, échele un ojo a los centros febriles e industriales. Pero por favor no se olvide de mandarme reportes.

—¡Pa' luego es tarde!

A propósito de lo primero, don Modesto—ahora ya sin bigote, felizmente instalado en una Nueva York orgullosa de su flamante Municipal Building—, escribió:

En México es necesario cambiar el estado higiénico de la gente [en las casas de vecindad], que siempre ha sido tratada con un espíritu de explotación por

parte de las castas privilegiadas. Agua limpia, aire e iluminación: la gente necesita esto y México se los proveerá.

Ya puestos a pedir, el primer jefe también le comisionaba a Rolland, por medio de su secretario de Gobernación, la difusión del movimiento constitucionalista en el vecino país del norte desempeñándose primero como cónsul interino y ya después agente comercial.

La reconstrucción de México era un asunto que trascendía fronteras. Con ese fin, nuestro amigo fundó en el verano una oficina llamada Mexican Bureau of Information para escribir y publicar artículos y sobre todo preparar un boletín bisemanal, *Mexican Letters*, que repartía gratuitamente entre 500 periódicos, cada miembro del Congreso y el Senado, diversos funcionarios públicos y cualesquiera publicaciones que le ayudaran en su afán propagandístico, diplomático. El propio presidente Woodrow Wilson recibía una copia. Había que convencer al gobierno y la opinión pública de apoyar el libre tránsito de México hacia una sociedad en paz y progreso.

Hoy don Modesto sería un *community manager* «de trueno». A decir verdad, un *influencer*. Se daba a conocer en Estados Unidos echando mano, una vez más, de su arma predilecta: la pluma.

En la *Mexican Letter* del 19 de septiembre de 1914 —a estas alturas Huerta ya andaba exiliado con la cola entre las patas y Álvaro Obregón y Carranza habían entrado triunfantes, con días de diferencia, a la Ciudad de México— se pronunció sobre la presencia de tropas estadounidenses en el puerto de Veracruz como consecuencia de la ocupación desde abril:

¿Qué beneficios aporta su presencia si los problemas de México se centran en Torreón, Chihuahua o Oaxaca? ¿Qué mínima oportunidad pueden tener de restaurar la paz? En lugar de servir a la causa de la paz, el señor Wilson está jugando inconscientemente en el terreno de los intereses reaccionarios de México.

Ojalá un día estas cartas lleguen a publicarse y algún estudioso revise el real impacto que tuvieron en las decisiones del gobierno de Wilson.

De manera simultánea, don Modesto aprovechaba su estancia en Estados Unidos para empaparse de las ideas socialistas del economista Henry George, fallecido tres lustros atrás. En particular, le emocionaba su teoría del *single tax* o impuesto único. Era y sigue siendo una idea revolucionaria que, creemos, puede entusiasmar a más de un lector en la actualidad: cada quien posee lo que crea, pero lo que está en

la naturaleza le pertenece a la humanidad. Es decir que los réditos que ofrece la tierra deben ser repartidos, en lugar de caer en manos privadas. Si lo pensamos bien, es un postulado más rempampanante que el famoso «la tierra es de quien la trabaja» de Emiliano Zapata. La propuesta consistía en que las tierras fueran de propiedad común, aunque sin nacionalizarse. Al respecto, George escribió:

Cuando gravamos las casas, las cosechas, el dinero, los muebles, el capital o la riqueza en cualquiera de sus formas, tomamos del individuo lo que justamente le pertenece. Violamos el derecho de propiedad y en nombre del Estado cometemos un robo. Pero cuando gravamos el valor de la tierra, tomamos de los individuos lo que no les pertenece.

A diferencia del impuesto a los bienes raíces, el objetivo era ignorar el valor de los edificios y los bienes personales, puesto que «el valor de la tierra bastaría por sí solo para proveer a todas las rentas públicas necesarias (municipales, provinciales, generales y nacionales)». Lo cual generaría más riqueza, estimularía un crecimiento económico veloz y, lo más importante, reduciría la desigualdad, dado que dejarían de gravarse el trabajo y el capital, lo que siempre termina amolando a los más amolados.

«A mi abuelo siempre le preocuparon los impuestos», nos comparte Jorge Rolland, y esa inquietud nunca lo abandonó. Pero Modesto no metía su nariz en los libros por puro goce intelectual. En su corazón albergaba el plan de regresar al terruño para aplicar lo que por allá estaba estudiando.

Un terruño herido de gravedad. La lucha armada cundía por el territorio. Numerosas familias se desmembraban con la partida del padre a «la bola», aunque también mujeres y niños. El sistema de haciendas y ranchos (cerca de 7 mil y 50 mil respectivamente) se desmoronaba, lo que suponía un problemón si tomamos en cuenta que casi 80% de la población vivía en el campo. También la capital se cimbraba: los impuestos aumentaban sin control, el fusilamiento de prisioneros se volvía un espectáculo frecuente, no pocos comerciantes especulaban con artículos de primera necesidad causando un aumento irracional en los precios, la carencia de agua propiciaba epidemias... Del transporte y la electricidad ya ni hablemos. Y como símbolo poderoso, el moderno almacén El Palacio de Hierro era consumido por el fuego una noche de abril de 1914.

La escritora nahua Luz Jiménez declaró sobre aquellos días:

Había hombres llamados zapatistas, otros carrancistas y otros villistas. Estos tres grupos entraban en

Milpa Alta [en la parte rural de la Ciudad de México]. Tiraban de balazos a lo tonto. Allá en el pueblo se asustaban los hombres, las mujeres y los niños, ya que nadie sabía qué hombres iban a entrar.

La guerra civil se tornaba color de hormiga, alcanzando su punto más cruento en las batallas de Celaya y León al año siguiente. Pancho Villa y Zapata tenían ideas muy distintas de lo que debía ser la revolución. Y luego estaban los sonorenses, a la postre distanciados del constitucionalismo. El proceso comenzaba a embrollarse.

Por eso, entre octubre y noviembre se celebró en Aguascalientes una Convención Revolucionaria, convocada por el propio Carranza. Acudieron representantes del constitucionalismo y el villismo y días después se unieron los zapatistas. Fue la asamblea más representativa de la revolución, con todo y que sus resultados no fueron precisamente conciliadores: se decidió hacer a un lado a los principales caudillos (Carranza, Villa y Zapata) y elegir como interino al constitucionalista Eulalio Gutiérrez. El primer jefe no estuvo de acuerdo y desconoció la soberanía de la Convención, llegando a enfrentarla política y militarmente.

Es una lástima que Modesto Rolland no haya asistido a Aguascalientes porque, hasta cierto punto, sus ideas empataban muy bien con las de cada grupo.



LA CUESTIÓN AGRARIA
Y MEDIOS PRÁCTICOS PARA
RESOLVER EL PROBLEMA

Era constitucionalista a morir, pero a la vez estaba de acuerdo con el reparto agrario, tan característico en Villa y Zapata. Por si fuera poco, compartía las preocupaciones que más adelante mostraría el sector sonoreense, fomentadores del consenso político y la creación de instituciones para homogeneizar el mosaico que era México.

Un revolucionario universal, como quien dice.

Entre otras razones, no acudió a la Convención porque apenas en septiembre acababa de regresar de Estados Unidos. ¡Qué alegría ver a su familia otra vez! A los pocos días lo nombraban oficial mayor de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (alguien tenía que mantener y construir la infraestructura del país) y menos de un mes después, consejero del comité ejecutivo de Ferrocarriles Nacionales. A la vez, no dejaba de estar en contacto con su equipo del Mexican Bureau of Information, desde donde seguían difundiendo el constitucionalismo en inglés. ¿Cómo le hacía para trabajar tanto?

Sabemos que el último día de octubre impartió una conferencia en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria —todavía sin murales— sobre la distribución de la tierra, las huelgas y las leyes sobre obreros, basándose en la reforma agraria de Nueva Zelanda de la década de los 1890. Esta ponencia era el resultado de un ensayo previo, elaborado en Nueva York.

En noviembre, un colectivo de masones publicó una carta en un diario inglés de la capital. En ella aparece Rolland como oficial mayor de Comunicaciones, pero también como hermano del Rito Escocés, y entre sus compañeros destaca el futuro presidente de México Pascual Ortiz Rubio. Es un documento curioso que describe el estado de la masonería mexicana por aquel entonces, explicando que las logias no habían podido cumplir con su obligación por culpa de la dictadura de Díaz, pero de ahí en adelante trabajarían firmemente por el bienestar de la nación. «Defendamos la integridad nacional», exhortaban aludiendo al «pie extranjero» que continuaba en Veracruz. Lo más interesante es la mención de una comunicación directa con sus hermanos masones estadounidenses, «quienes sin duda reflexionarán». Coincidencia o no, las tropas se retiraron días más tarde.

También en noviembre, el día 20, Carranza puso en marcha el traslado de su gobierno hacia el puerto jarocho, haciendo una parada de días en la aromática ciudad de Córdoba, a la sazón capital del estado. En la comitiva iba don Modesto, esta vez con su familia. Pasaron allí unos días y luego vivieron ocho meses muy felices y acalorados en el puerto de Veracruz.

Lo primero que hizo allí nuestro amigo fue integrarse a una Junta Provisional de Salubridad Pública. Tras la ocupación, la infraestructura estaba hecha un

desastre y había que poner orden. La labor le tomaría meses.

Luego, el siete de diciembre, Modesto dictó la conferencia «La cuestión agraria y medios prácticos para resolver el problema», en la que manifestaba: «Todo el nuevo orden social que pide a gritos nuestro pueblo reside en el gran desequilibrio sobre el reparto de tierras que existe en nuestra patria». La conferencia se basaba otra vez en el caso neozelandés, aunque también en Argentina y Japón. Tuvo lugar en el precioso Teatro Francisco Javier Clavijero y entre el público se hallaba un grupo de revolucionarios-intelectuales muy listos.

Un día antes, Villa con su División del Norte y Zapata con su Ejército del Sur habían ingresado a Palacio Nacional en la capital. Todos aquí habrán visto las fotos y saben que ese día los campesinos almorzaron en Sanborns y la calle de Plateros pasó a llamarse Madero. Cuentan los guías de turismo que Pancho Villa dejó un disparo en el techo de la cantina La Ópera.

La conferencia de Rolland tuvo tal éxito que se vio obligado —es un decir, él estaba feliz— de repetirla el día 23.

También durante los primeros días de diciembre al ingeniero le encargaron estudiar la manera de abastecer al puerto de Veracruz de una cantidad de agua potable suficiente para saciar las necesidades de

los habitantes y al mismo tiempo proveer de mangueras a los barcos destinados a bombear el agua para el servicio de lavado de los mercados en el drenaje de la ciudad. Después de todo, Modesto era el oficial mayor de Comunicaciones (no por mucho más tiempo) y uno de los ingenieros más chipocludos del país. Meses después realizaría otra obra, por cierto, en el muelle fiscal por contrato.

Mencionemos por último dos hechos importantes para la vida de Rolland a lo largo de la primera mitad de 1915.

Por un lado, la convocatoria para formar la Confederación Revolucionaria que lanzó junto con Salvador Alvarado, Luis Cabrera, Gustavo Espinosa Mireles, Gerardo Murillo (Dr. Atl), Alberto J. Pani y otros. Algunos de ellos habían estado presentes en la conferencia del Teatro Clavijero: era el grupo de revolucionarios-intelectuales muy listos. Por ahí también andaba Heriberto Jara. De seguro acabando el evento, deslumbrados por las ideas de Rolland, se habrán acercado a felicitarlo e invitarlo a cenar. En esos días nacía una amistad que duró largo rato. Las ideas son lo más valioso que tiene una persona, pues de ella brota todo lo demás.

Volviendo a la Confederación, ésta representó el primer intento de crear un organismo político emanado directamente de la Revolución. No lo decimos nosotros, sino el historiador Daniel Cosío Villegas

y podemos creerle. El organismo —al que pronto se unieron Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón, nada menos— tenía la intención de intercambiar ideas, construir cohesión entre los distintos frentes constitucionalistas e influir en las políticas públicas. Incluso llegaron a emitir adiciones al Plan de Guadalupe, que carecía de contenido agrario. En ese sentido, Rolland y Dr. Atl a la cabeza solicitaron que se declarara el derecho de todo mexicano de poseer tierras.

¡Don Modesto fue un pionero agrarista!

El segundo hecho que queremos destacar es la creación de la Comisión Técnica Petrolífera. Era una iniciativa del propio Carranza y la conformaban Pastor Rouaix, Manuel Urquidi y Salvador Gómez, constitucionalistas de pura cepa. Ellos salieron con dirección a Tampico a estudiar los campos en los que se explotaba el petróleo y recopilar toda clase de información con la intención de armar leyes. Modesto viajó con ellos y aprovechó para lanzarse a Nueva York en un viaje exprés.

Al cabo de pocos meses, dicha Comisión se transformó en la Comisión Técnica del Petróleo. Allí Modesto fungió como secretario (luego como vocal) y esta vez los viajes se hicieron por Estados Unidos (Nueva York por tercera vez, Washington, Baltimore, Philadelphia, Chicago, Kansas, Tulsa, San Francisco, Los Ángeles y más), pasando por La Habana. Incansables,

se dedicaron a tomar notas tanto de métodos y procedimientos como de elementos jurídicos. Modesto ya traía bigote otra vez. Fue una primavera eficaz y a su regreso pudieron plantear recomendaciones y propuestas. Por desgracia su trabajo no pasó del papel. Eso sí, gracias a ellos se publicó el *Boletín del Petróleo* desde 1916 y durante dos decenios.

En la tercera estancia en Nueva York, el ingeniero Rolland aprovechó sus contactos para difundir mediáticamente el contenido de su conferencia veracruzana. Lástima que en el *New York Times* la tildaran de ilusoria. Allá ellos.

ESPADA Y PLUMA DESENVAINADAS

A consecuencia de la revolución —aquí parafraseamos a Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950)— muchos jóvenes intelectuales empezaron a colaborar con los sucesivos gobiernos convirtiéndose en consejeros de un general, de un líder campesino, de un caudillo en el poder. Fue el caso de nuestro amigo Modesto, que se desempeñó como ideólogo y hombre de confianza del culichi Salvador Alvarado en la segunda mitad de los años mil novecientos diez.

Ambos tenían mucho en común. Habían nacido con escasos meses de diferencia cerca del golfo de California, no le tenían miedo a viajar y su labor siempre estuvo marcada por el patriotismo y la preocupación agraria. Además, hablaban bien el inglés. Ya hemos visto que a inicios de 1915 participaron juntos en la convocatoria para formar la Confederación Revolucionaria, pero ahí no quedaba la cosa; era sólo el comienzo de un sorprendente periplo por el estado de Yucatán.

Alvarado fue de los revolucionarios más transparentes. Durante el constitucionalismo temprano, cuando la lucha se trataba sobre vencer a Huerta, se mantuvo al frente de una de las secciones del ejército sonorense de Obregón, destacando en la batalla de Santa María en Guaymas. Debido a su lealtad a Carranza, estuvo en la cárcel dos meses, pero al ser liberado en octubre de 1914 se lanzó hecho la mocha a la capital para entrevistarse con el primer jefe. Ahí fue designado comandante de la plaza. Luego partió para Puebla, donde le arrebató la ciudad a los zapatistas. Fue así, poco a poco, que logró convertirse en gobernador de Yucatán entre 1915 y 1917 (nada mal para un estado que desde 1911 había tenido a 14 titulares).

Con todo y su mirada amable, el culichi llegó a Mérida con la espada y la pluma desenvainadas. De inmediato llevó a cabo un programa hondo y extenso de reformas en favor de los campesinos, obreros y sectores populares. Bajó el precio de los alimentos básicos, fundó escuelas en lugares apartados y elevó el costo del henequén para financiar obras de bienestar social. Su objetivo era acabar con la desigualdad. También le interesaba inculcar entre los ciudadanos un espíritu cívico y de amor sincero a la patria.

Precursor de la educación moderna, impulsor de los derechos sindicales y enemigo acérrimo de la corrupción, Salvador Alvarado escribió:

Sueño con una patria libre, poderosa, ampliamente civilizada y feliz, y abrigo la convicción de que si México cuenta, como debe ser, con la ayuda de todos sus hijos, el sueño no tardará en convertirse en deslumbradora realidad, la que quiero que tenga su principio en Yucatán.

Pero por lo que más se le recuerda es por sus visionarias cinco leyes socialistas: Agraria, del Catastro, Fiscal, del Municipio Libre y del Trabajo. Esta última establecía una jornada de ocho horas, salarios dignos y seguros contra accidentes, aparte de prohibir el trabajo a los menores de 13 años. Todo ello influyó en el Artículo 123 de la Constitución de 1917 y en la Ley Federal del Trabajo aún vigente. Vale la pena revisar cada una de las llamadas Cinco Hermanas; de momento echémosle un ojo a la Ley Agraria por estar Rolland involucrado.

«Nadie es propietario exclusivo de la tierra, como nadie lo es de la luz ni del aire», comenzaba la norma expedida en diciembre de 1915. Dan ganas de tatuarse la frase. Aunque también emociona el Artículo 6:

Todo mexicano o extranjero residente en el estado, mayor de 17 años de edad, tiene derecho, siempre que quiera dedicarse personalmente a cultivarlo, a poseer un lote de terreno en donde por medio del trabajo

pueda obtener lo bastante para subsistir con su familia, consiguiendo con tal medio conquistar su independencia económica y las comodidades necesarias para vivir tranquilamente según su condición social.

La Ley Agraria de Alvarado se basaba en otra que ya había promulgado el primer jefe en enero inspirándose en el gran Luis Cabrera, pero igualmente en presiones de parte de zapatistas, villistas y oroquistas. También tuvo mucho que ver la solicitud de don Modesto y Dr. Atl desde la Confederación Revolucionaria de que todo mexicano debía poseer un pedazo de tierra. La importancia de la ley de Carranza radica en su definición de pautas para la redistribución de la tierra y la creación de la figura moderna del ejido, lo que acabó incidiendo en el Artículo 27 de la Constitución. La idea era clara: expropiar grandes extensiones de tierra, ora de hacendados, ora de la Iglesia, a fin de redistribuirlas entre los campesinos y comunidades indígenas, quienes a partir de entonces formarían una nueva clase próspera de pequeños empresarios. Tales actos de justicia agraria serían oficializados durante la presidencia de Obregón y alcanzarían su punto más radical con Cárdenas. De momento, tocaba anular enajenaciones, concesiones y ventas de aguas, tierras y montes, así como deslindes que habían hecho gobiernos anteriores violando las leyes. Con eso en mente

se contempló la creación de una Comisión Nacional Agraria y organismos locales en cada estado.

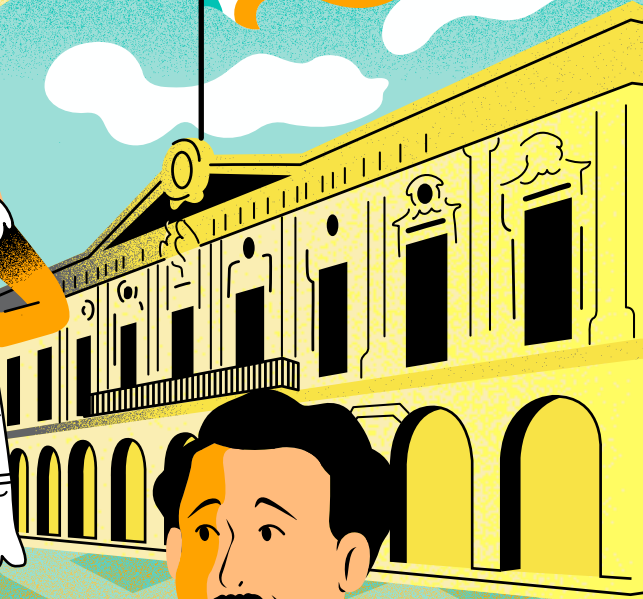
Pues bien, a don Modesto —prácticamente al mismo tiempo que se desempeñaba como jefe de Legislación Social en la Secretaría General del Ejecutivo yucateco— le tocó presidir la Comisión Agraria de Yucatán, muy bien acompañado de un secretario y tres vocales. Ahí trabajó hombro con hombro con el socialista Felipe Carrillo Puerto, futuro gobernador, a quien otorgó su primer cargo: presidente de la Comisión Agraria de Motul.

¿Qué se proponía la comisión yucateca? Grosso modo adquirir fincas en poblados abandonados, dotar de tierra a la población indígena, dar aviso a los propietarios de predios rústicos sobre la obligación de presentar sus títulos y vigilar de cerca a quienes poseyeran cultivos henequeneros para que no violaran la Ley Agraria. Para ello se hizo necesario que nuestro amigo creara el Catastro Rural Agrario echando mano de una nutrida plantilla de ingenieros que luego luego se pusieron a estudiar el famoso libro de topografía *Levantamiento de polígonos* aparecido una década antes, pero ahora reimpresso en tierras mayas, para formar topógrafos yucatecos que realizaran los trabajos para el Catastro. La finalidad última de esto era regular conflictos y propiedades y, quién lo diría, el *know-how* de los ingenieros resultó ser una

SE EMBARCO RUMBO A NUEVA YORK LA GOBIERNA
TECNICA DEL PETROLEO PRESIDIDA POR EL ING. ROUAX,
EGRESARA DENTRO DE UN MES, DESPUES DE VISITAR LOS
CAMPOS PETROLIFEROS AMERICANOS



PRIMER CONGRESO FEMINISTA



herramienta útil. Es decir, que para hacer el reparto era necesario crear el Catastro Rural Agrario, organismo que se encargó de la parte técnica del registro, como levantar medidas topográficas.

Liderar uno de los primeros repartos agrarios de México —no mucho después de que Lucio Blanco y Pastor Rouaix hicieran lo propio en Tamaulipas y Durango respectivamente— debió de resultar absolutamente emocionante para nuestro amigo Rolland. Además, no se trataba de cualquier reparto: cada ejido tenía que ser mejorado en un plazo de diez años de forma que el nuevo propietario mereciera seguir trabajándolo. Acá entre nos, la Ley Agraria yucateca superaba en más de un sentido a la federal de Carranza, que sólo contemplaba el ejido y párale de contar.

El ingeniero Rolland se hallaba lejos de la Ciudad de México, donde comúnmente se toman las grandes decisiones políticas, sin embargo, a él le encantaba vivir en la esplendorosa península yucateca. Después de todo, él había crecido en otra igual de caliente y remota. Lo que más disfrutaba era pertenecer a un gobierno progresista y valiente, un auténtico laboratorio de la revolución años antes de que Tomás Garrido Canabal desenvainara su espada en Tabasco. No todo tenía que suceder en la capital.

Rolland vivió poco más de diez meses en la *chichnak* ciudad de Mérida con su *xuun* familia y es

probable que junto a Alvarado haya escuchado en la Plaza Grande la primera canción de Ricardo Palmerín, «Hay una virgen», antes de que su autor se pusiera de moda en el resto del país. Eran tiempos felices para el par de amigos treintañeros que se apoyaban mucho entre sí: «Ojos dichosos si me ven dichoso, / ojos que lloran si me ven llorar».

Mil novecientos dieciséis arrancó con la noticia del traslado del gobierno de Carranza a Querétaro. Simultáneamente ese enero, Alvarado impulsaba y financiaba el Primer Congreso Feminista del país en el Teatro Peón Contreras a fin de obtener consenso sobre el sufragio femenino (curiosamente fue Rolland quien presentó la propuesta en el Congreso, pero la mayoría de las congresistas votó en contra). A propósito del evento, el ingeniero Rolland escribió: «La Revolución de estos últimos años hace evidente la aceleración de la vindicación de la mujer en América». El gobernador también promovió la incorporación de funcionarias al aparato administrativo estatal y concedió permiso legal a las mujeres para abandonar el hogar paterno a los 21 años como ya sucedía con los hombres. Pero eso no era todo: ahora se podía dejar de trabajar 30 días antes y después del parto recibiendo el salario completo y en cada lugar de trabajo debía haber un espacio para amamantar. Eso no era común en otras partes de México y todavía hoy queda mucho por hacer.

Ese año supuso para Modesto una etapa prolífica en materia de publicaciones. Es lo que hace un ideólogo: pensar, compartir, dar la cara. No sólo opinar, sino proponer. Las iniciativas del ingeniero Rolland destacan por su contundencia, según podemos comprobar en las distintas editoriales de la revista *La voz de la Revolución*, órgano oficial del gobierno de Alvarado. Por ejemplo, ésta del 23 de marzo:

A pesar de que nuestro país es el tercer productor mundial en la explotación de petróleo, es poco el provecho que obtenemos de este patrimonio. Habrá que disponer la nacionalización del petróleo y plantear la construcción de oleoductos y refinerías en todo el país.

Lo anterior, décadas antes de la Expropiación Petrolera y a más de un siglo de que el presidente López Obrador ordenara la construcción de la refinería Olmeca de Dos Bocas.

Hay un par de fotos de 1916 que nos gustan un buen. En la primera aparece Rolland con Álvaro Obregón en Colima y en la otra, en Celaya, junto a revolucionarios de la talla de Ignacio Bonillas, Venustiano Carranza y Juan Sánchez Azcona (adivinen quién trae la corbata más linda). Son imágenes entrañables que nos enseñan a un hombre de mediana edad, bien vestido,

que no sonríe en las fotos. No es el típico prohombre de bronce y pedestal, sino un mexicano de carne y hueso con quien podemos identificarnos actualmente.

Dichas fotos dejan claro que don Modesto no paraba de viajar por territorio nacional antes de dirigirse por cuarta ocasión a Nueva York (a consecuencia de que Carranza ordenara detener el reparto agrario en Yucatán). Una ciudad excitante donde ya tenía amigos y buenos contactos; la conocía de arriba abajo y seguro lo ubicaban rebién en las sastrerías del Lower East Side. Nueva York estrenaba ese año la Ley de Zonificación para evitar que los rascacielos ocultaran la luz y el aire de las calles. De todo aquello tomaba nota nuestro amigo, todo le fascinaba. Esta vez se mudó con su familia y el objetivo era el mismo que antes: difundir el constitucionalismo, enfocándose ahora en los éxitos revolucionarios de su hermanito Alvarado. A la par se encargaba de una agencia financiera para Yucatán.

Nuestro amigo desembarcó en mayo con la pluma desenvainada, en gran medida para limpiar el aire enrarecido que prevalecía en Estados Unidos por el ataque a Columbus, Nuevo México: desmanes del señor Pancho Villa. Numerosas eran las voces que clamaban por una invasión a México y alguien tenía que ponerles un alto por medio de escritos. Enseguida compartimos seis ejemplos —hay más— resumidos y traducidos que dan cuenta de la labor ideológica

de Rolland a lo largo de aquellos meses. No creemos que haga falta añadir comentarios, pues cada texto habla por sí solo, sin embargo sí deseamos sugerir que sean leídos como si hubieran aparecido ayer mismo en algún medio de comunicación nacional. ¿Qué tan vigentes resultan y qué tan común es hallar hoy a un patriota así de consecuente?

Carta abierta al presidente Woodrow Wilson:

Apelo a usted como intérprete del verdadero espíritu americano. No ignoramos la enorme presión que lo urge a conquistar México, debida principalmente al esfuerzo combinado de los extranjeros residentes en México, quienes con demasiada facilidad han adquirido tierras, campos petroleros y concesiones de diversas clases. Usted sabe mejor que nadie que el pulpo del mercantilismo ha capturado a los mexicanos para hacer inútil nuestra resistencia y después más fácil succionar nuestra sangre.

Carta abierta al periodista William R. Hearst

Hasta ahora usted nunca ha sido refutado por un mexicano. Creo que esta es la primera vez y confío en que publicará esta carta en sus periódicos, aunque

también pienso hacerlo por otros canales. Usted ha atacado a México, ha despertado gran odio y distribuido tanto veneno que hasta el más aislado indio de nuestro país está consciente de la existencia del señor Hearst, dueño de muchos periódicos. Los mexicanos, después de observar su conducta y estudiando su política de intervención constante, pensamos que usted ha actuado con información incompleta y engañosa. Usted siempre ha estado mal informado. Estaba usted en un error cuando alentaba la política de Díaz. Más tarde fue informado de que Huerta era un gran hombre y estuvo en contra de la Revolución. Después fue informado de que Villa también era un gran hombre e inició una campaña para elevar a ese bandido a la presidencia.

Carta abierta a monseñor Kelly

La Iglesia tiene un carácter internacional y bajo este aspecto sus miembros desean interferir en México. Los católicos en Estados Unidos deben saber que hace 90 años el clero estaba en posesión de alrededor de 80% del territorio y la riqueza de México. El clero era el banquero del país y no existía vida económica en la cual no participara. Más de 73% de la tierra y la riqueza del país está en manos de extranjeros ahora.

El pueblo sigue privado de sus derechos como lo estaba hace 100 años. Es una mentira declarar que los pasados gobiernos estaban dispuestos a entregar la tierra al pueblo. Dondequiera que los indios han podido retener una parcela, la han defendido hasta la muerte. El indio ama la tierra. ¿Su Excelencia entiende esto?

«Un ensayo de socialismo en México»

Los esfuerzos de los socialistas en Europa, el brillante papel que han logrado en Nueva Zelanda y la agitación por toda Sudamérica para sacudirse el yugo feudal son fenómenos sobre los que la mirada del mundo están fijas hoy. De entre estos esfuerzos, la Revolución Mexicana sobresale prominentemente y, a pesar los esfuerzos del capitalismo por ocultarlo, la agitación mexicana muestra más y más tendencias socialistas que son de tremenda importancia. En México hemos tenido que responder al llamado de una guerra civil, que durará en tanto exista la tendencia de monopolizar las riquezas y se insista en conceder privilegios y concesiones a partir de robarle al pueblo. La lucha civil cesará cuando las clases trabajadoras aseguren su libertad económica por medio de una organización política y social.



ESCUELA PÚBLICA

~~Modesto C. Rolland~~

~~Modesto C. Rolland~~

~~Modesto C. Rolland~~

[Large document with a pen and a signature]

«¿Por qué se necesita un gobierno en México?»

El pueblo, movido por sus líderes, siempre ha pagado con sangre, pero nunca ha tenido una representación honorable. El único gobierno que han tenido es el de los terratenientes, en conspiración con la Iglesia, que es un terrateniente también. La Revolución está tratando de ayudar a la gente. Este trabajo de reconstrucción es gigantesco. Los grandes intereses, la Iglesia, los viejos políticos, los intelectuales y los derrotados que obedecen servilmente a sus amos desean el mismo viejo gobierno ficticio. Por eso quieren a Villa como presidente. Pero lo que el pueblo quiere es tierra, un sistema de impuestos más humano y mayor libertad económica.

Entrevista para el New York Times

Se ha logrado el rescate de la población en Yucatán, explotada durante siglos en condiciones de esclavitud, con deudas impagables que se heredaban de padres a hijos y sin más educación que la impartida por los religiosos que perpetuaban el estado de las cosas. La Revolución ha cambiado todo esto, pues

además de repartir la tierra y cancelar todas las deudas injustas, ha creado 2 mil 400 escuelas públicas con clases vespertinas para adultos, ha redimido a las mujeres, que vivían en calidad de siervas, y ha creado la Escuela Estatal de Agricultura para dar consultoría gratuita.

Llegandito a Estados Unidos, don Modesto participó en un Foro Laboral Internacional comisionado por la Federación Obrera Mexicana, en Washington, D.C., para cacarear la innovadora ley laboral yucateca, causando gran revuelo, y en el verano asistió a una Conferencia de Paz Conjunta también en Washington, D.C. —luego de un intento fallido en El Paso y hacer escala en Albuquerque— atendiendo una invitación de la Unión Americana contra el Militarismo, organismo que también consideró al Dr. Atl y a Manuel Rojas para el Comité de Paz México-Americano. Nuestro amigo Rolland fungió como vicepresidente. Tales conferencias fueron otro instrumento para desactivar el ambiente hostil que cundía entre los gringos contra nuestro país.

También en 1916 el ingeniero Rolland creó una revista, *El Gráfico*, que era parte de la Columbus Publishing Company, empresa de la que él mismo era poseedor parcialmente (primero tuvo 50% de las acciones

y luego 75%, pero siempre como representante del gobierno mexicano). Ese año además dirigió una carta un tanto dura a su hermanito Alvarado, hablándole con franqueza, aunque despidiéndose con un «su amigo que lo quiere»:

El doctor Víctor A. Rendón [hombre adinerado, representante de los henequeneros en Estados Unidos] me repitió que en Yucatán no hay problema agrario, por eso yo lo he clasificado entre el número de los reaccionarios, ¿es posible que esté usted tan ciego que no comprenda lo que son esta clase de hombres débiles?

Caballerosamente le enviaba una copia al personaje aludido. Al final resulta que el ingeniero tenía razón, pues el propio gobernador terminó admitiendo en *Mi actuación revolucionaria en Yucatán* (1918): «Cuando, como en el caso del doctor Rendón, se descubrió que servidores infieles no obraban correctamente, se les destituyó y mandó abrir juicio».

Dos publicaciones más de ese año: *Salvemos la patria. Impuesto único* (recordará el lector el entusiasmo de don Modesto por las ideas de Henry George) y un opúsculo dedicado a Carranza, *Problema de la Baja California*, para «despertar la iniciativa de mis

compatriotas» acerca de los problemas de incomunicación que padecía la península y el peligro de que Estados Unidos se apropiara de ella.

El segundo escrito no cayó en saco roto, según veremos más adelante.

Sobre el primero, extraigamos tres ideas que surgieron en la mente de Rolland a raíz del Congreso del Impuesto Único en Niagara Falls, Nueva York, al que acudió en agosto: «Los malos impuestos destruyen la sociedad», «todos los amos que el pueblo mexicano ha tenido han gravitado y siguen viviendo de la miseria popular» y «el pueblo necesita conquistar su bienestar social y económico para dejar de ser un pueblo turbulento y ansioso de buscar justicia con el fusil». Nuevamente invitamos a imaginar tales frases publicadas actualmente. Por aquellos meses también traducía el libro *Extractos de «Progreso y pobreza» de Henry George* de Luis F. Post. Su deseo era implementar un plan piloto del impuesto único en Yucatán, la Baja California (norte y sur), el Istmo de Tehuantepec y finalmente todo el país.

Por otra parte, haciendo caso de una convocatoria de Carranza para nombrar diputados para el Congreso Constituyente en cada estado y territorio, don Modesto fue electo en La Paz para representar el Distrito Sur de la Baja California. Su victoria por amplio margen supuso una excelente oportunidad para

trabajar en la Constitución de 1917, promulgada como todo el mundo sabe en Querétaro. La mala noticia es que no tuvo chance de aprovecharla por encontrarse en Estados Unidos chambeando en pro de su patria.

Una chamba de cariz ideológico que se aprecia claramente en sus escritos para la agencia Latin-American News Association, que desde enero de 1917 comenzó a impactar en cientos de diarios estadounidenses con propuestas de agrarismo, impuestos y una industria petrolera dirigida por el gobierno. Pero también en artículos de *El Gráfico*, por decir uno en el que explicaba la neutralidad de México en la primera guerra mundial. Una chamba que también se resume bien en el combativo ensayo «Carta a mis conciudadanos», de mayo, donde leemos: «Los obligados a escucharme son los revolucionarios, los que tienen en sus manos la responsabilidad del futuro más inmediato», aunque también se dirige a quienes «por interés militan en el Partido Conservador» para que «mediten seriamente» sus palabras: «Los conservadores y los clericales necesitan escuchar la voz de la razón y buscar otro campo de acción para la defensa de sus intereses», ya que «hasta ahora se han valido del confesionario, del privilegio, del cuartelazo y de la corrupción para imperar». El texto incluye frases tremendas como: «Aunque dominara ahora el mismo señor arzobispo, tendría que resolver el problema agrario».

Derrochaba don Modesto energía y entusiasmo ese año, tal vez por el quinto embarazo de su esposa Virginia y la obtención en abril de su cargo como diputado federal por el Distrito Sur de la Baja California en la xxvii Legislatura (también en este caso fue votado y le fue muy bien). En la Ciudad de México contaba con un suplente, menos mal, llamado Eduardo S. Carrillo. Por si fuera poco, en 1917 obtuvo el puesto de gerente del Departamento del Petróleo en la Compañía de Fomento del Sureste, paraestatal creada por Alvarado para promover el desarrollo de Campeche, Chiapas, el territorio de Quintana Roo, Tabasco y Yucatán. Por todo lo anterior, nuestro amigo se vio en la necesidad de viajar entre Nueva York y el puerto de Progreso de manera constante. Ojalá haya acumulado suficientes puntos en su membresía de viajero frecuente, pues en sólo seis meses emprendió tres viajes redondos.

Como parte de sus funciones en la Compañía, Rolland se dedicó a estudiar la situación hacendaria en Yucatán publicando sus conclusiones en abril del 18 en *La Voz de la Revolución*. Esto ya sin su hermanito al frente del Ejecutivo. Asimismo ordenó exploraciones para encontrar petróleo que a la larga resultaron provechosas y recibió los planos de la Estación Central de Ferrocarriles de Mérida para que por favor la concluyera. ¿Qué más? En noviembre de 1917 le informaba al gobernador en turno la entrega de receptores

telegráficos que Alvarado había encargado por conducto suyo en mayo. La idea era dotar de comunicación inalámbrica a Yucatán con los Estados Unidos y otras naciones.

¡Todo se sucedía muy rápido!

Sin embargo, la cereza del pastel fue la terminación de la Estación Terminal de Petróleo de Progreso en 1918 que ya se venía construyendo desde hacía un buen rato. La dirección técnica estuvo a cargo del propio Rolland. Era una obra importante por su fabricación con materiales y mano de obra cien por ciento yucatecos ¡e incluir el primer muelle de concreto en México hecho por mexicanos! Pero también por remediar uno de los grandes problemas del estado: el suministro de combustible. En diciembre los tanques se estrenaron con petróleo proveniente de un barco llamado Jalisco. El sonido de las bombas debió de sorprender mucho a la gente.

En paralelo, nuestro amigo atendía en la calle 59 de Mérida una pequeña planta de prefabricados de productos de concreto armado que se anunciaba en los periódicos. Constituía una auténtica revolución para la modernización de aquella rica ciudad: técnicas y materiales que no se habían visto antes; casas prefabricadas y baratas de una y dos plantas.

Pero ahora sí, misión cumplida, llegaba el momento de volver a la Ciudad de México.

19-20

¿Cómo era la capital en 1919? Gruesamente la que hoy apreciamos en películas mudas como *Santa* y *El automóvil gris*. Una urbe alegre, rutilante, mucho más abierta al mundo que en generaciones pasadas. Ya había judíos organizados en comunidad hacía pocos años. Se leía con devoción a Amado Nervo y Rubén Darío. En las calles había más baches que gente, según el memorioso Vasconcelos, y las fachadas de las casas lucían colores vivos. El Café Colón en el Paseo de la Reforma era célebre por sus cocteles. Los elegantes acudían al Globo a oír su orquesta de *banjos* y a Lady Baltimore por el panqué de pasas, ambos sobre la Avenida Madero. Ahí charlarían sobre a quién se acababan de encontrar en la Alberca Pane, el Hipódromo de la Condesa o el novísimo restaurante Bellinghausen.

En el caso de Modesto C. Rolland, se tocarían otros temas con sus amigos del alma Salvador

Alvarado, Francisco J. Múgica y Heriberto Jara, felizmente reunidos en la misma ciudad a principios de año:

—Beto, tienes que contarnos cómo te fue en Villahermosa, gobernar Tabasco no es cualquier cosa, y perdón por la rima.

—Pues sólo pregúntenle a Múgica... Con mucho gusto les platico, Modesto, pero antes dinos, ¿no extrañas mucho a tu familia?

—Demasiado, pero por ahora es mejor que permanezcan en Nueva York. ¿Tú en qué andas metido, Salvador?

—¿Les cuento un secreto? Ando con ganas de lanzarme de candidato a la presidencia.

—¡Oye, pero suceder a Carranza no es enchílame otra!

—Tampoco todo lo que hicimos en Yucatán y ya ves.

De seguro en una de esas reuniones —las piezas de dominó sobre la mesa— habrá surgido la idea de sacar un diario, *El Herald de México*, dirigido por nuestro amigo de abril a marzo, siendo su fundador Alvarado. Duró hasta 1923 y en sus páginas escribió gente muy talentosa como Martín Luis Guzmán y Enrique González Martínez. Tuvo tiras cómicas y hasta una sección en inglés. Rolland aprovechó el espacio para predicar sobre el *single tax* y su política agraria y del

petróleo. «Fue el periódico progresista de la capital», asegura Justin Castro.

Sin abandonar sus vínculos yucatecos ni con las publicaciones gringas, Modesto tampoco dejó atrás su ímpetu viajero. En agosto de 1919 fue contratado por la Secretaría de Hacienda —su titular, Alvarado— para liderar una comisión que estudiara las condiciones económicas del Distrito Norte de la Baja California y vigilara de cerca al gobernador Esteban Cantú, alejado del constitucionalismo. Nadie mejor que Rolland para encabezar el encargo, después de todo, él mismo lo había propuesto en su opúsculo a Carranza casi tres años atrás. El reporte fue entregado en diciembre y resultó ser un análisis muy útil con propuestas prácticas, como establecer un puerto cerca de Mexicali y construir varias presas. El grupo igualmente visitó estaciones radiotelegráficas, lo que a la postre sirvió para derrocar al huertista-villista Cantú. El escrito fue rescatado del Archivo General de la Nación por la Universidad Autónoma de Baja California y la Secretaría de Educación Pública para reeditarse en 1993 como primer tomo de una colección llamada *Baja California: Nuestra Historia*. No fue la primera vez que se reimprimía, pero sí la más importante.

Mil novecientos diecinueve le dijo adiós a la capital con el estreno de la zarzuela 19-20 a cargo de la compañía de Rosario Soler, con libreto de José F. Elizondo.



PASTELERÍA

"EL GLOBO"

TEATRO PRINCIPAL
ROSARIO SOLER
"19-20"

El Mercurio
de Madrid

Nos gusta imaginarnos al ingeniero Rolland entre el público del Teatro Principal ese 31 de diciembre, gente que no podía sospechar —él sí, pues había vivido en New York— las modas chirriantes que les deparaba la nueva década: el *art déco*, las *flappers*, el *charleston* y el *jazz*, los tés danzantes, los *waffles* de Sanborns, el Chanel No. 5, el *boom* del concreto armado, la radiodifusión. La ciudad estaba por adoptar el estilo de vida estadounidense y a la vez se preparaba para transustanciar su patriotismo en nacionalismo (dos casos: los murales de Diego Rivera en el ex convento de la Encarnación y el Edificio Gaona en Bucareli, neocolonial hasta decir basta). Pero Modesto no asistió esa Nochevieja al teatro, sino a un evento social en Madero 57 donde hubo *buffet* y baile. Lo sabemos por el diario *El Demócrata*.

Mil novecientos veinte le dijo hola al ingeniero con una concesión para llevar a cabo trabajos de exploración y explotación de petróleo en Zacamixtle, al norte de Veracruz. Esto en marzo, mes en que Ignacio Bonillas aceptó su candidatura a la presidencia de México. Era el gallo de Carranza. Poco después Plutarco Elías Calles proclamó su Plan de Agua Prieta para apoyar a Obregón. El jefe del ejército era el guaymense Adolfo de la Huerta, por lo que la mayoría de los militares apoyó la rebelión. Entonces el primer jefe se vio forzado a huir de la capital, primero en tren, luego a caballo, y el drama —relatado estupendamente por

Fernando Benítez en su novela *El Rey Viejo* (1959)—concluyó con su asesinato el 21 de mayo en Tlaxcalantongo, Puebla. «En trágica retirada / perdió fortuna y honores / y también perdió la vida / después de mil sinsabores», reza el «Corrido por la Muerte de Carranza». Tres días después, De la Huerta tomó protesta como interino a *papuchi* de los sonorenses.

Uno de los hechos más memorables del período delahuertista fue el decreto de ley para nombrar puertos libres a Guaymas, Salina Cruz, Puerto México (Coatzacoalcos) y Matías Romero. Luego habría más, por supuesto, como Topolobampo y Ensenada. Pero por aquel entonces era importante desarrollar el Istmo, zona altamente estratégica, y los puertos libres eran una forma de hacerlo con la valiosa ayuda del ferrocarril de Tehuantepec. ¿Qué es un puerto libre? Aquel donde tanto la exportación e importación como el almacenamiento y transformación de productos quedan exentos de cargas fiscales, siempre y cuando no se internen al país. Como quien dice, una zona parcialmente desnacionalizada, como los *duty-free* del aeropuerto.

Dado que el lector es muy listo, ya se imagina quién habrá sido el redactor del decreto: sí, don Modesto, en octubre, con la ayuda de más ingenieros. Allí quedó estipulado que los puertos libres estarían en manos de una junta directiva bajo la supervisión de la Secretaría de Hacienda. Rolland ya andaba

metido en el tema desde antes: en julio le había hecho llegar una invitación al director del periódico *Excelsior* y sus lectores para asistir a una conferencia al respecto: «Los puertos libres traerían grandes corrientes de comercio mundial a nuestras costas y serían fuente de gran prosperidad». Esa charla sería la semilla de un logro mayor que germinaría en el período presidencial posterior. Por sus estudios y viajes, no era extraño que Modesto fuera escogido para encabezar el comité de creación de los puertos libres.

Durante el breve período de Adolfo de la Huerta, don Modesto también fue nombrado miembro de la Comisión Nacional Agraria, como representante de Hacienda, para hacerse cargo de los conflictos en Baja California, Campeche, Yucatán y Veracruz, puro estado costero, acorde con su *expertise*, donde el problema agrario presentaba un rezago importante. A la par lo vemos retomando un decreto de ley de servicio civil de carrera en el que ya había trabajado, así como preparando una iniciativa de ley para volver zona libre a su querida península californiana (la daría a conocer meses después). Hubo que esperar quince años para que Cárdenas cumpliera su sueño totalmente.

Finalmente, el primero de diciembre de 1920 Álvaro Obregón se instaló en la presidencia. Si pensamos en la revolución mexicana como un *reality show*, él sería el ganador.

OCHO MIL PROPUESTAS EN CAMPAÑA

En 1921 se llegó a estimar entre 1.9 y 3.5 millones las pérdidas humanas a consecuencia de la revolución. José Vasconcelos promovió la creación de la Secretaría de Educación Pública, teniendo como antecedente la Secretaría de Instrucción Pública, para llevar la escuela al más apartado rincón del país y cumplir con el precepto constitucional de una educación obligatoria, gratuita y laica.

El escritor papanteco Manuel Maples Arce exaltó las estridencias de la vida moderna en su primer «Manifiesto estridentista». El estridentismo, única vanguardia artística surgida en México, se basaba en el futurismo italiano, pero anclándose en la modernidad nacional, por decir: la industria y las comunicaciones. Fue un año muy loco para ese país desbaratado por la guerra, aún en *shock*, pero ya en vías de reconstrucción. Era urgente echarle coco a la política.

Y es aquí donde sale a relucir nuestro amigo.

Primero como presidente del Comité Ejecutivo de Administración de Ejidos de la Comisión Nacional Agraria, en la que ya trabajaba desde mediados del año pasado. Desde ahí llevó a cabo un proyecto, presentado en febrero, para fijar la extensión de las dotaciones ejidales. Él creía que no se trataba nomás de entregar más ejidos sólo porque sí, sino de intentar mejorar su producción, por lo cual suspendió la creación de nuevos ejidos en las regiones más ricas (pasa que la producción de los nuevos ejidos había bajado en forma alarmante). Todo esto puede sonar demasiado técnico, como un asunto que sólo entienden los iniciados en el Olimpo de los Políticos, pero es importante que las nuevas generaciones se involucren, pues el reparto agrario y su correcta administración fue un proceso con un fortísimo impacto en el México actual. La revolución no fue sólo un montón de gente disparándose a caballo, sino un semillero de ideas: los cimientos de nuestro país y, en este sentido, Modesto Rolland fue uno de sus constructores, visionarios e inventores.

Por otro lado, en marzo el periódico *El Universal* dio a conocer la creación de un Club de Estudios Económico Sociales en el Centro de Ingenieros —en la Segunda Cerrada 5 de Mayo, donde hoy funciona el restaurante El Cardenal— para estudiar los grandes problemas nacionales, el petróleo, la autonomía

municipal, el agrarismo y los impuestos con el propósito de encontrar soluciones conjuntas a través de ponencias públicas. Entre los numerosos fundadores, ninguno con militancia partidista, destacaban Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Sólo hay que *googlear* «Siete Sabios de México» para entender la magnitud de esa gente o leer el libro *Caudillos culturales en la revolución mexicana* (1976) de Enrique Krauze. Por supuesto, don Modesto fue elegido presidente, ya tenía experiencia, ¿se acuerda el lector del Club de Ingenieros que ayudó a formar en 1908 con el mismo fin? Además todo el mundo lo respetaba por su ética y habilidades.

Más carnita para el año 21: una conferencia sobre el desastre municipal (ya llegaremos a ese tema prontísimo) y una visita y carta dirigidas al presidente Obregón insistiendo con lo de abrir un puerto que le diera servicio a la ciudad cachanilla. Abiertamente le pedía dinero. Eso en la primavera.

Con todo, lo mejor estaba aún por llegar...

En septiembre —tras ayudar a organizar el Primer Congreso Nacional de Caminos en la Escuela Nacional de Ingenieros— Modesto soltó un bombazo que el Instituto Nacional de Administración Pública ha tildado de visionario. Nos referimos a *El desastre municipal en la república mexicana*, obra que pagó de su bolsillo y se anticipaba extraordinariamente en sus



El Desastre Municipal
EN LA REPÚBLICA MEXICANA

El Hombre

El Hombre

El Hombre

El H

El Hombre

El Hombre

El Hor

CLUB ESTUDIOS ECONÓMICOS SOCIALES

CLUB ESTUDIOS ECONÓMICOS SOCIALES

postulados. Fue el primer libro que abordó el tema del Municipio Libre, y eso que ya era un asunto que se discutía desde la Constitución del 17, cuyo Artículo 115° sentaba las bases para que los municipios fueran administrados por un ayuntamiento de elección popular directa (sin autoridad intermedia entre éste y el gobierno del estado), usando libremente su hacienda y con una personalidad jurídica propia.

Pero ahora Rolland proponía ajustar el impuesto predial al gravamen exclusivo del terreno, introducir instituciones de democracia participativa, centrarse en la planificación urbana y disponer de programas de vivienda, entre otros planteamientos novedosos. Los últimos dos sólo serían tomados en cuenta hasta 1976 por medio de la sexta reforma al Artículo 115. Y apenas en 1983, con la octava reforma, se empezó a concretar su proyecto más cabalmente. De todos modos aún quedan propuestas que no han sido saciadas, como el control ciudadano de la autoridad municipal, la medición de la eficiencia operativa y la separación de las actividades políticas y administrativas. Cuestión de repasarlas y extraer alguna inspiración actualmente. *El desastre municipal en la república mexicana* —con prólogo de Manuel Gómez Morín y sucesivas reediciones en 1939 y 1952— es un libro vigente en el que leemos que «todo lo relativo a la administración de nuestras ciudades» es de «capital importancia» y el

Municipio Libre es «una de las más completas victorias del movimiento revolucionario». Y la verdad es que sí. Lástima que todo aquello estuviera hecho un... desastre. No estaba funcionando:

La nación entera es testigo de una de las bacanales más desenfrenadas que se haya registrado en nuestro territorio y que tiene por amplio campo las administraciones municipales. En lugar de que los bandidos se encuentren en los caminos reales, han considerado más seguro robar dentro de las comunas. Bajo la égida del principio de «libertad municipal» que estos hombres defienden tan celosamente, imponen sus más bajas pasiones para alcanzar el poder y al día siguiente de obtenerlo se dedican a esquilmar a una sociedad inerme que todo lo esperaba de la Revolución porque se había dicho que la Revolución era salvadora.

El ocho de octubre de 1921 fue un día supere emocionante para Modesto C. Rolland. Era sábado y faltaban cuatro días para que Vasconcelos tomara posesión del cargo de secretario de Educación Pública. Por la mañana salió de la imprenta el primer número de la revista *El Hombre*. Era una publicación semanal de estudios económico-sociales que lanzaba nuestro amigo paceño con la intención de divulgar sus ideas

progresistas. Salieron más de 200 números, hasta el año 25, de los cuales ochenta y tantos hoy están disponibles en la biblioteca del Museo de la Ciudad de México. Vale la pena consultarlos. En el Núm. 1, por ejemplo, descubrimos que la redacción estuvo en su propia casa en Avenida Chapultepec 444, cerca de Salamanca, en la colonia Roma, y el costo por ejemplar era de 20 centavos (pronto bajaría a 10). También leemos que «para poder hacer más grande esta revista y más interesante, solicitamos anuncios que no comprometan nuestra libertad». Entre sus 16 páginas (pronto subiría a 22) llama la atención el artículo «Por qué no puede haber gran prensa independiente en México»:

Basta dirigir una hojeada a las páginas de nuestros periódicos para saber quiénes son verdaderamente los amos y comprender que jamás los mexicanos podrán encontrar en estos diarios la defensa de sus intereses. El mal se agrava si consideramos que la industria y el comercio principales están en manos de extranjeros, de manera que nuestra gran prensa no sólo recibe órdenes del anunciante en general, sino que está obligada a intereses no nacionales. Esta prensa no puede defender al pueblo mexicano. Es por demás exigírsele. ¿Cómo lograr entonces que se discutan los problemas nacionales realmente? Sólo no contando con el anzuelo del anuncio. Pues el

EL BUEN TONO. S.A.



Mi tristeza es profunda...

mi dolor es callado

RADEMISORAS CIVILIS

PUERTOS LIBRES

RÍO COATZACOALCOS

SALINA CRUZ PLANO

GUAYMAS

MEXICANOS

público sabrá que con el dinero que paga basta para sostener esta hoja impresa.

Impresionante. Tanto para ese año como para el nuestro. Otras colaboraciones del primer número llevan por título «La Revolución necesita puntales técnicos» y «Yucatán sí es separatista» y entre los autores sobresalen Lombardo Toledano, Dr. Atl y Genaro Estrada. En el Núm. 9, del cuatro de diciembre, nuestro amigo declara su programa editorial «antidemagogo, antibolchevique, antimonopolista y antifeudalista», anunciando que haría la guerra a los impuestos indirectos y de consumo por ser injustos y arbitrarios y que lucharía por restringir el derecho al voto «a fin de evitar que las masas ignorantes sean explotadas por políticos de profesión». No podemos pensar en otra palabra que no sea: *punk*.

A fines de año el ingeniero fue confirmado por Álvaro Obregón como director de la comisión para implementar la creación de los Puertos Libres Mexicanos. Poco después, en febrero, un nuevo secretario de Agricultura aceptó sin pestañear su renuncia ante la Comisión Nacional Agraria (la había firmado para el titular anterior por puro trámite). Era una descortesía, por decir lo menos, y resulta entendible que don Modesto se convirtiera de pronto en don Molesto: «Considere cuánto se me hiere ahora para que se sirva

decirme siquiera por qué», le escribió al mismísimo jefe del Ejecutivo. La respuesta no se hizo esperar: «No se considere usted bajo ningún concepto lastimado, pues encontrará juiciosa mi resolución». ¿Cuál resolución? Dedicarse en cuerpo y alma a su labor en los Puertos Libres Mexicanos, organismo que pronto sería establecido en forma con Rolland como gerente general. Fue un intercambio de telegramas intenso, certero, educado.

En mayo de 1922, el alcalde de La Paz le pidió al ingeniero Rolland que asistiera como su representante al Segundo Congreso de la Unión de Ayuntamientos. Nadie podía imaginar —¿o sí?— que allí terminarían acusándolo de hacer «causa común con agitadores políticos» y no reconocer la legalidad de la mesa. Los ediles paceños apoyaron a su paisano, quien argumentaba que la Unión no quería estudiar realmente el problema municipal, sino que estaba amparada por partidos políticos y el gobierno, más que por expertos en la materia. En julio el Ayuntamiento de La Paz optó por separarse del organismo y sanseacabó.

Ese mismo año don Modesto publicó su libro *Cimientos, pisos y techos de cemento armado*. ¿A qué hora dormía? Pues a dos días de cumplir 41 también encontramos un anuncio en *Excélsior* donde promovía sus servicios de colado de pisos y techos de cemento

armado, con patente y más costeables que la competencia. Seguro dormía bien, pero sabía organizarse. Otra lección que nos deja: si él podía, ¿por qué nosotros no? Es sólo dejar las redes sociales un ratito.

La Primera Convención Nacional de Ingenieros tuvo lugar en el salón de actos del Centro de Ingenieros el 18 de septiembre de 1922. Ahí el ingeniero Rolland presentó una conferencia notable a través de la cual planteó fundar un Instituto sobre Planificación y Administración de Ciudades que operara como órgano consultivo de los municipios. El financiamiento provendría del gobierno y el apoyo docente de la Universidad Nacional y los ingenieros de México. Era una idea ya incluida en su libro del año pasado. Lo ovacionaron como a un director de cine en Cannes. No era para menos: se adelantaba por mucho a la Dirección de Desarrollo Urbano que organizaría el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez en la década de los setenta.

En 1923, mientras José Clemente Orozco empezaba a pintar los muros de San Ildefonso, los fabricantes de cemento se pusieron de acuerdo para acabar con el rechazo cultural que recibía su producto. Así, conformaron un Comité para Propagar el Uso del Cemento Pórtland y editaron la *Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura* que duró varios años. Con frecuencia escribieron ahí Valentín Gama, Roberto

Gayol y Lorenzo Pérez Castro, entre otros ingenieros. Ocasionalmente aparecieron también textos de don Modesto.

A estas alturas ya habrá quedado claro que a nuestro amigo no sólo le interesaba el concreto armado. Ahora tenía los ojos puestos en la radiodifusión, otra de las modas chirriantes de los *happy twenties*. Al igual que los estridentistas, le atraían las comunicaciones. Era un paso obvio dado su historial como periodista y la pasión que siempre mostró por las herramientas modernas y la difusión del conocimiento. Así, a inicios de 1923 se encargó de agrupar a las tres organizaciones radiofónicas de la capital a fin de establecer la Liga Central Mexicana de Radio de la que, claro, fue nombrado secretario general y más tarde presidente. Esto apenas un año y medio después de la llegada de la radio a México. Las reuniones ocurrían en el mismo Centro de Ingenieros.

Acompañado de ocho compañeros, Modesto Rolland se reunió con Álvaro Obregón para explicarle la importancia de la radio civil y solicitar que se levantara cualquier traba que impidiera que un particular apostara por las ondas hertzianas. La radio estaba en pañales, pero ya desplazaba tertulias, sustituía juegos de salón y descubría al oyente un mundo nuevo de noticias, entretenimiento y anuncios. La música de Esparza Oteo, Manuel M. Ponce y Gutty Cárdenas

alcanzaba los más diversos hogares, lo mismo que mensajes que promovían el uso del cepillo dental. La radio era una superherramienta. Resultaba comprensible que el gobierno quisiera limitar su uso al ejército, pero no había que cerrarse. «Los especialistas hablarían, el ignorante escucharía», según Justin Castro. ¡Podía educarse y unificar al país!

—Anímese, señor presidente, México no puede quedarse atrás en materia de radio comercial, nos conviene a todos.

—Bueno, prepárense un proyecto y ya veremos.

Cuatro días después, el sonorenses manco de mirada penetrante ya tenía en su mano izquierda una propuesta de reglamentación de radioemisoras civiles hecha «por una numerosa comisión de hombres que han viajado por todo el mundo y conocen perfectamente las necesidades oficiales, del público en general y comerciales de la telecomunicación». Eso era la Liga: una organización de cabildeo de la radio.

En mayo, Obregón firmó el documento añadiendo unos cambios. Ese mes iniciaron las Conferencias de Bucareli entre representantes estadounidenses y mexicanos, lo que dio lugar a la firma del tratado del mismo nombre. En él se acordaría cómo pagarle a los vecinos del norte por las tierras expropiadas, aparte de garantizar derechos de propiedad a los empresarios petroleros gabachos. Había que negociar; a cambio

Obregón recibiría el reconocimiento del gobierno de Calvin Coolidge.

De 16 al 25 de junio don Modesto organizó la Primera Gran Feria Radioeléctrica de la Ciudad de México, inaugurada por el mero mero presidente, para exhibir transmisores, radiorreceptores mexicanos y todo tipo de productos de radio. Eso en el Palacio de Minería.

Un mes más tarde se enteró todo el mundo del asesinato de Pancho Villa en Parral. Cuatro años y pico antes Emiliano Zapata había corrido con la misma suerte cerca de Cuautla. La Revolución parecía ir quedando atrás. Lo cierto es que la realización de sus ideales apenas comenzaba a tomar forma. Un ejemplo es la creación, ahora sí en rigor, de los Puertos Libres Mexicanos por decreto el 24 de septiembre. Echando mano de su cargo, Rolland viajó a Nueva York para ofrecer un almuerzo a los miembros de la Cámara de Comercio de Estados Unidos y otras instancias a fin de antojárlas las succulentas ventajas de usar los puertos de Salina Cruz y Puerto México (Coatzacoalcos), así como el ferrocarril del Istmo.

Ay, el ferrocarril. En diciembre Modesto se quedó viudo por culpa de uno, mejor dicho, por el chofer de su esposa que quiso ganarle al tren. Casi acababa de volver a México con sus hijos. Fue un fin de año supertriste. La hija menor, Carmelita, también

había muerto hacía poco y, para colmo, en junio de 1924 —enseguida de retomar sus clases de Concreto Armado en la Facultad de Ingeniería— le tocaría a su hermanito Alvarado, emboscado en Tabasco.

Ni modo, había que seguir trabajando en beneficio del país. Por los mexicanos que apenas nacían o estaban por nacer. Así, empleó toda su energía en organizar la Segunda Convención Nacional de Ingenieros en la próspera ciudad de Monterrey, donde presentó sendas exposiciones sobre los puertos libres y las zonas libres fronterizas. Asimismo publicó el artículo «Los Puertos Libres Mexicanos y la zona libre en la frontera norte de la República Mexicana» en la *Revista Mexicana de Ingeniería y Arquitectura*.

Su interés como gerente general del organismo paraestatal —la apertura oficial del par de puertos ocurrió el 21 de julio— era informar a cada estado, oficina y periódico que se pudiera acerca de los objetivos del mismo. Para ello mandó un escrito con folletos al gobernador del Territorio Sur de la Baja California y a muchos otros estados del país. Al mismo tiempo, remitió una carta o telegrama al secretario de Gobernación Plutarco Elías Calles: «No lo he molestado hasta ahora por cuestiones de chismes, pero el asunto que quiero transmitirle encierra gran importancia...», pero como nosotros no queremos molestar al lector por cuestiones de chismes le evitamos los detalles. Sólo sepa que

pronto Elías Calles tomó el difícil cargo de presidente de México.

El año acabó de manera agridulce para don Modesto. Por un lado estaban sus pesares familiares y por el otro la enorme satisfacción de haber difundido exitosamente los Puertos Libres Mexicanos, como en el artículo «Lugares neutrales en la América para todos»:

Podemos decir, sin ningún temor de ser exagerados, que la región ístmica de Tehuantepec está inexplorada, intocada todavía, y es uno de los lugares más ricos del mundo, realmente es una reserva de la humanidad, es ahí donde se han erigido los Puertos Libres Mexicanos.

Pero, ay, la geopolítica. Estados Unidos, sacando ventaja del Tratado de Bucareli, impidió el desarrollo de tan esmerado proyecto. Les interesaba más, mucho más, el Canal de Panamá. Así, el presidente Elías Calles decretará la desaparición de los Puertos Libres Mexicanos, que no volverían a asomar cabeza hasta 1939. Esto a resultas de un primer golpe de parte de Obregón al quitarles presupuesto. ¡Vaya período convulso el del presidente Obregón! Para entender mejor al personaje recomendamos su libro *Ocho mil kilómetros en campaña* (1917).

UNA OBRA HECHA PARA SIEMPRE

El cubano Alejo Carpentier escribió en los setenta: «Los latinoamericanos de mi generación conocieron un raro destino: nacieron, crecieron y maduraron en función del concreto armado». En el caso de México, la capital fue punta de lanza para el furioso boom constructivo de cemento y varillas de los años veinte. Ésta se llenó de edificios nuevos que entre otras funciones sirvieron para difundir la nueva ideología nacionalista del gobierno posrevolucionario.

«Obregón y Calles utilizaron el cemento como un medio para difundir sus ideas políticas», asegura Rubén Gallo en *Máquinas de vanguardia* (2014). Un ejemplo es el Estadio Nacional de José Villagrán, inaugurado en mayo de 1924 con capacidad para 60 mil espectadores, aunque luego se redujo a 30 mil. Fue demolido en el 49, pero aún quedan un par de testigos en la colonia Roma: la estatua de un lanzador de

jabalina en la esquina de Anza y Toluca y a poca distancia el coetáneo Centro Escolar Benito Juárez del arquitecto Obregón Santacilia, otro entusiasta del novedoso material. Ambos proyectos fueron promovidos por José Vasconcelos.

Pero no sólo se levantaron estadios y escuelas; también presas, fábricas y mercados y aun se intentó resolver el problema de la vivienda por medio de construir numerosos edificios de departamentos. La urbe no volvió a ser la misma después de que en 1925 buena parte de su obra pública, incluyendo carreteras y calles, empezara a diseñarse tomando en cuenta el cemento, material moderno, económico y eficiente avalado internacionalmente por Le Corbusier y Walter Gropius, arquitectos que hoy tendrían millones de followers en Instagram.

Antes de detenernos en ese año tan importante, no debemos olvidar que para 1909 —Adolf Loos apenas iniciaba su célebre edificio de concreto armado en la Plaza de San Miguel de Viena— nuestro amigo Rolland ya había instalado un arco de 22 metros en el Paseo de la Reforma para los automóviles Fiat. Es increíble lo adelantado que siempre estuvo.

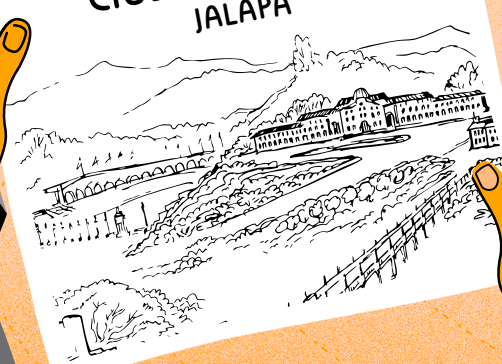
En 1925 Vasconcelos planteaba en *La raza cósmica* un futuro donde las innovaciones tecnológicas harían triunfar a Latinoamérica. Tina Modotti

«tomaba fotos de los complejos industriales y los proyectos urbanos», en palabras de Gallo. Un ejemplo es *Cables de telégrafo*, capturada meses después de que Fermín Revueltas representara en una acuarela torres con cables de luz. El cronista Salvador Novo, por su parte, enumeraba las ventajas de vivir en la ciudad ese año: caminos, luz eléctrica, teléfono, novelas francesas, empleo público y baño turco. El arquitecto Gorozpe y el ingeniero Rebolledo (viejo colega de don Modesto) inauguraban la iglesia de la Sagrada Familia en la Roma con estructura de concreto armado. Villagrán daba a conocer su Instituto de Higiene en Popotla mientras que Obregón Santacilia comenzaba el Departamento de Salubridad en Chapultepec. Federico Sánchez Fogarty, autor de la primera campaña publicitaria para promover el cemento, lanzaba su revista *Cemento* con un tiraje de 8 mil ejemplares. De él recomendamos el ensayo «El polvo mágico».

Ya no había marcha atrás, la estética de la modernidad y el cemento se habían impuesto en la Ciudad de México dejando ulteriores huellas como la estación del ferrocarril escénico de Chapultepec (1928), la Casa O’Gorman (1929), el rascacielos antisísmico de La Nacional (1932), el Centro Escolar Revolución (1934) y el Monumento a la Revolución (1938) con su cimentación de pilotes de arena, concreto armado



**CIUDAD JARDÍN
JALAPA**



y madera bajo una losa de cimentación de concreto y emparrillado de acero.

Para entender el impacto que suscitaron ese tipo de obras sugerimos echarle un ojo a los siguientes cuadros del Museo Nacional de Arte: *Constructores* (ca. 1940) de Francisco Eppens, *México se transforma en una gran ciudad* (1947) de Alfredo Zalce, *Anarquía arquitectónica de la Ciudad de México* (1953) de Lola Álvarez Bravo, *Ciudad de contrastes* (1957) de Alberto Trinidad Solís, *Viaducto Miguel Alemán* (1957) de Paulina Trejo y *Niño en el vientre de concreto* (1958) de Héctor García.

Y sin embargo aún no hemos hablado de la más famosa y exitosa estructura que haya levantado un ingeniero mexicano para ostentar abiertamente el uso del cemento. También de 1925, pero —raro destino— esta vez la capital no era punta de lanza. Nos referimos por supuesto al Estadio Xalapeño del ingeniero Modesto C. Rolland, que este 2025 celebra su primer siglo de vida con un decreto del gobierno estatal nombrándolo Patrimonio Cultural de Veracruz. Ya lo era de Xalapa, pero ahora también del estado y ojalá pronto del país. ¿Cuáles son algunas de las razones para la firma de tal documento el 25 de septiembre del año pasado?

Que el Estadio de Xalapa «Heriberto Jara Corona» se ha constituido desde 1925 como un ícono de la arquitectura, la ingeniería y el deporte, conservando en su totalidad el diseño y conceptos bajo

los cuales fue concebido y construido. Que la majestuosa cubierta del Estadio cuente con una superficie aproximada de 3 mil 100 metros cuadrados y que fue colada en un tiempo récord de 17 días sin interrupción, con aleros de 10 y cinco metros de ancho soportados mediante 35 pilares al borde de la colina. Lo anterior sin que fuera óbice que el uso del concreto se encontraba en ciernes. Que las esculturas que ornamentan la columnata de estilo neoclásico recuerdan la competencia de los luchadores griegos Creugante y Damoxeno, que simboliza los valores éticos del deporte. Que su diseño, considerado dentro del proyecto de la Ciudad Jardín, tomó en cuenta la transparencia visual para integrar cultura y deporte a la traza urbana. Que el Estadio es testimonio del estridentismo, movimiento artístico que tuvo su auge en Xalapa exaltando lo moderno, urbano, tecnológico y cosmopolita.

Para decirlo en una frase, fue el primer edificio nacional en el que se aprovecharon plenamente las nuevas posibilidades del cemento. Las superficies lisas no pretendían disimular su estructura de concreto y resulta admirable que Rolland experimentara con un gran techo volado en forma de U (el primero de grandes dimensiones de concreto en México) apoyado sobre delgadas columnas. A decir verdad, techo, columnas y escalones forman una sola pieza, lo que

sólo era posible utilizando esa técnica. Una hazaña por donde se mire.

No sorprende, pues, que la revista *Cemento* le dedicara su portada y artículo principal en octubre-noviembre y ahí Sánchez Fogarty se refiriera a Rolland como «especialista en concreto, proyectante y constructor». Es una delicia consultar la revista: su portada elegante en alto contraste, los anuncios (entre ellos uno que ofrecía terrenos en la nuevecita colonia Lomas de Chapultepec en México), las fotografías, pero sobre todo la descripción pormenorizada del imponente estadio estridentista: su ubicación al sur de Xalapa en una hondonada natural con vistas al Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, los pebeteros de concreto que parecen de bronce y hacen pensar en trofeos romanos, la ornamentación vanguardista de gradas y columnas que armonizan con los relieves y esculturas, la Entrada Triunfal con su hilera de 10 columnas dóricas unidas por la parte de arriba con un encaje de bronce, un drenaje capaz de desaguar al instante tanto pista como gradería hacia un gran tubo al sur del estadio, etcétera. Asimismo llama la atención un elogio que debió de alegrar mucho a nuestro ilustre especialista, proyectante y constructor: «Una obra hecha para siempre».

El Estadio Xalapeño fue inaugurado por todo lo alto en septiembre de 1925 por el presidente Calles,

que hasta en el apellido llevaba el afán de dotar de infraestructura al país. Él había asumido el cargo el primero de diciembre y pensándolo bien puede que se trate del verdadero triunfador del *reality* llamado Revolución (sólo no hay que decirlo en voz muy alta si un día pasamos por delante de la tumba de Obregón en Huatabampo, Sonora).

Pero ¿en qué se distinguía el coliseo de Rolland del que promovió Vasconcelos en la colonia Roma? Rubén Gallo, otra vez, lo explica rebién: «El Nacional era claramente nacionalista y el de Xalapa internacionalista». En otras palabras, moderno. Y con una menor capacidad: 12 mil personas (aunque con el tiempo bien que llegaron a caberle unas 30 mil). En cualquier caso ambos cumplían con un mismo propósito: divulgar masivamente los mensajes culturales y políticos de los gobiernos posrevolucionarios. Aparte de impulsar, claro está, el deporte entre los ciudadanos. Así, en el Estadio Xalapeño se han llevado a cabo eventos de toda índole: tomas de protesta de gobernadores, encuentros cívicos, escolares y religiosos, desfiles militares, corridas de toros, conciertos, presentaciones de circo y justas deportivas, siendo anfitrión de campeonatos regionales, nacionales e internacionales (Campeonato Centroamericano y del Caribe de Atletismo en tres ocasiones y en 2014 Juegos Centroamericanos y del Caribe).

Todo un hito constructivo y social cuyo mérito recae igualmente, de un modo indirecto, en el entonces gobernador de Veracruz Heriberto Jara. «Sin voluntad política las grandes obras no son posibles en México», dice Jorge M. Rolland Constantine. Fue aquel quien comisionó la construcción del estadio como parte de un ambicioso plan para modernizar Xalapa, que en ese tiempo aún se escribía con jota, pero igual los estridentistas le llamaban Estridentópolis. La ciudad contaba con 20 mil habitantes, pero no dejaba de ser la capital estatal y por lo mismo debía parecerlo. Era necesario repensar su urbanismo.

Desde luego también merece un aplauso el colectivo de obreros que logró terminarlo en ¡78 días! ¿Cómo le hicieron? «Mi abuelo no improvisaba, todo lo tenía planeado», nos cuenta Jorge Rolland. Por su parte, el decreto antedicho habla de «una rigurosa planeación y dirección férrea a cargo del ingeniero, a pesar de las dificultades de financiamiento e insumos materiales por causa de la gesta revolucionaria y los embates armados que aún no concluían». No era sencillo construir obras así en la época, mucho menos tan rápido, pero ya hemos visto que el secreto está en saber organizarse. Modesto aun tuvo tiempo de atender a sus hijos cada vez que lo visitaban desde la Ciudad de México en su vivienda temporal de Xalapa.

El estridentista Maples Arce escribió en sus memorias que «el estadio de audaz arquitectura es el más hermoso de la república» y Jorge Rolland explica por qué sigue siéndolo: «El volado es impresionante y lo mejor es que no se trata de un monolito pesado, sino que se incorpora bien al paisaje». También el fotógrafo xalapeño Víctor Benítez nos comparte: «Es un monumento que ha perdurado a través del tiempo; para los universitarios, una población destacada de la ciudad, representa un punto de referencia cotidiano y es uno de los motivos por los que Xalapa recibe el sobrenombre de la Atenas veracruzana».

El estadio se sitúa junto al campus de la Universidad Veracruzana y eso tiene una explicación histórica. Como parte de sus planes xalapeños Jara tuvo en mente construir una ciudad estudiantil que ofreciera a los jóvenes espacios para el estudio y el deporte. Lo cual incluía por supuesto una universidad, pero también alberca olímpica y gimnasio públicos, entre otras instalaciones cuyo primer componente era el estadio. También se pensó en la clase trabajadora que necesitaba viviendas de calidad a precios accesibles y espacios públicos sanos. Con este fin, el gobernador contrató a Rolland, hombre de su confianza (no hay que olvidar que se conocían desde una década antes y formaban parte del grupo encabezado por Salvador Alvarado), con ideas progresistas, pericia

constructiva y carácter innovador, de una gran disciplina y estudioso probo de la planificación municipal. ¡No había nadie mejor!

Confianza, ideas, pericia, innovador, disciplina, estudioso... Buenas palabras para cualquier entrevista de trabajo. Pero en este caso la más importante sería «progresista». La Ciudad Jardín —con ese nombre se concibió el proyecto que tomó meses de planeación— suponía una gran oportunidad para concretar la comunidad ideal con la que soñaba Modesto. Inspirado en obras como *Garden cities of tomorrow* (1902) de Ebenezer Howard y *Modern Cities* (1913) de Horatio M. Pollock, tomó en cuenta el modelo alemán de administrar ciudades, la importancia de colaborar por encima de competir, el aire libre, la belleza y la higiene. Todo ello volvería más sana a la gente y desaparecerían crimen y desorden.

Rolland estaba feliz, lo mismo que Jara. Se unirían los barrios de alrededor del estadio por medio de renovados espacios públicos para que las diferentes clases sociales coexistieran en armonía, de manera colaborativa y sin explotación. Además de bellos parques y jardines, se lograría una moderna red de comunicación eléctrica que conectara la Ciudad Jardín con el Centro de Xalapa. El proyecto incluía una estación de radio, represa, edificios públicos, mercado y hasta hotel. Por si fuera poco, sería la primera vez que se

trazarían vialidades en México según la topografía del terreno (esto sólo llegaría a cumplirse, a su modo, 20 años después con la realización del proyecto de Jardines del Pedregal en la capital del país).

Pero, ay, lo malo de vivir adelantado a su tiempo es que a veces las condiciones no son las propicias. Las ensoñaciones de Jara y Rolland sucedían al mismo tiempo que se erigía la Nueva Frankfurt de Ernst May (1925-1930) y años antes de que a Frank Lloyd Wright se le ocurriera su proyecto de la Broadacre City (1932). Xalapa no estaba lista para un proyecto así de ambicioso y sobre todo tan caro. Dice Justin Castro que sólo el estadio con su ceremonia de inauguración costó más de 500 mil pesos y el puro techo salió en más de 190.

De todos modos ahí siguen el estadio y su memoria de obra (una auténtica clase de ingeniería civil disponible en *modestorolland.com*) como un recordatorio ¿de qué?

Que cada lector lo decida.

INTERMEDIO

¿U n intermedio en las últimas páginas? ¿Y por qué no? El espíritu innovador, hoy diríamos disruptivo, de don Modesto comienza a resultarnos contagioso y esperamos que sea el caso también del lector. Sirva, pues, este capítulo para incluir lo más importante que hizo nuestro amigo entre la inauguración del Estadio Xalapeño y su proyecto cumbre de los años cuarenta (spoiler: será en la Ciudad de México). Si bien este libro tiene la intención de destacar su faceta como ideólogo de la revolución mexicana y su papel como transformador de México, no podemos ignorar toda la labor restante.

Ya hemos visto cómo el presidente Calles cerró prematuramente los Puertos Libres Mexicanos y su infraestructura de conexión en el Istmo de Tehuantepec. A decir verdad, en todo el callismo el ingeniero Rolland no fue invitado a trabajar en la administración pública, probablemente no le perdonaran su

cercanía con Carranza, Alvarado y De la Huerta. Así pues, a partir de 1926 se puso a hacer casas y edificios en la capital. Por ejemplo el Foreign Club, en los linderos de la ciudad, de elegante estilo *déco*, «el más exclusivo de los aterciopelados casinos», escribió Anita Brenner. Hoy es la Escuela Militar de Transmisiones, cerca del Metro Cuatro Caminos. Por otra parte reestructuró y adecuó la antigua Hacienda de Miravalle para la familia Gómez de Parada, quienes primero la alquilaron al gobierno de Brasil y luego la vendieron a la Unión Soviética para convertirla en embajada. Por último nuestro amigo aprovechó el lapso para ampliar su pequeño taller de prefabricados sobre Avenida Baja California (qué bonita coincidencia), donde produjo tabicones huecos y otros productos de concreto.

Y no podemos olvidar su boda en 1927 con la joven concertista Rosario Tolentino, maestra de piano de sus hijas, con quien procreó otra niña.

De fondo se oía fuerte la Guerra Cristera en varias partes del país entre el gobierno y los milicianos católicos. Con todo, el suceso más impactante del cuatrienio sería el magnicidio de Obregón —ex presidente y presidente electo a la vez, cosas de la época— en julio del 28 en el restaurante La Bombilla. ¿Quién lo mandó matar? «Cállese y pórtese bien», bromeaba la gente. En diciembre Emilio Portes Gil asumió la presidencia como interino dando comienzo al período

conocido como el Maximato (en resumidas cuentas era Calles moviendo los hilos desde su Partido Nacional Revolucionario). Portes fue sucedido en febrero del 29 por Pascual Ortiz Rubio, quien ganó la elección para infortunio del candidato Vasconcelos, aunque sólo gobernó dos años y medio porque de plano prefirió renunciar y retirarse al gabacho. Era pesado tener que soportar las presiones del titiritero Calles.

Lo bueno de esa breve administración es que Modesto Rolland pudo regresar al servicio público como director de Vías Férreas de México, empresa semiprivada que trabajaba estrechamente con la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Esto en 1930 luego de haber editado el año anterior la revista *Revisión* para la Unión Georgista en la Ciudad de México (georgista como de Henry George). En el cargo duraría cuatro años.

Rolland rozaba los 50 y su cabeza se llenaba de canas, pero sus bríos no cejaban, antes bien lo contrario, y prueba de ello es que desde Vías Férreas se encargó de supervisar el proyecto de una línea que comunicara el sureste mexicano, conectando a su vez el Ferrocarril de Tehuantepec y Ferrocarriles Unidos de Yucatán. Estamos hablando nada menos que del Ferrocarril del Sureste. Hubo que hacer estudios preliminares y recorridos de reconocimiento. Rolland se encargó específicamente de la línea que iba de Campeche a Puerto



*TITULAR DE
COMUNICACIONES
Y OBRAS
PÚBLICAS*

México (Coatzacoalcos). A la par debió de estar muy al pendiente de la construcción del ferrocarril en Baja California cuyo ramal de Mexicali a Puerto Otis, en la desembocadura del Río Colorado, había comenzado años antes. Eran tiempos emocionantes.

Pocos meses después del *crac* bursátil de Nueva York que originó la Gran Depresión lo vemos dando una conferencia en San Francisco, California, en el marco del congreso anual de la Henry George Foundation of America. Allí habló sobre el estado en que se hallaba el agrarismo mexicano en 1930: el proceso ejidal no hacía más que politizarse y la producción agrícola había disminuido al grado de tener que importar maíz desde África. Quedaba claro su desencanto por el rumbo que había tomado la revolución. Por esas fechas abrió una explotación minera para obtener cobre y oro en una población llamada Las Minas, cerca de Perote, para usufructo propio.

Rápidamente llegamos a 1932 cuando don Modesto patentó, fabricó y comercializó una bomba eólica para extraer agua desde los mantos acuíferos: la Aero-Motor México. La hizo pensando en regiones áridas y con poco acceso a la electricidad como su adorado terruño. Fue un éxito, entre otras razones porque salía más barato que importar una. Para pedir informes había que marcar al 4-02-27 o acudir a su casa en Avenida Chapultepec 444.

Ese año entregó a la imprenta su último libro, *¿Comunismo o liberalismo?*, que era un ensayo basado en la alocución sanfranciscana.

En septiembre Abelardo L. Rodríguez, guaymense como Calles, se hizo cargo de la presidencia. Entre otros logros estableció el salario mínimo y promovió las misiones culturales, pero uno de sus actos más recordados sería la inauguración del Palacio de Bellas Artes. Es posible que Rolland —que acababa de fundar con otros accionistas la Compañía Petrolera La Laguna en Xalapa y solicitar el uso de un par de ríos veracruzanos para generar energía eléctrica— estuviera presente ese 29 de septiembre de 1934: sabemos que él mismo se encargó de las obras de remozamiento de la pérgola de la Alameda siguiendo el proyecto de Mariscal. Esto lo leemos en un libro sobre Adamo Boari editado por Checa-Artasu y Niglio en 2021: «Se cubrió el entramado de acero con cemento colocándose como elementos decorativos relieves de guerreros aztecas como botaguas». Realmente dejaba de ser una pérgola para convertirse en portal. Del mismo modo, la presidencia de México dejaba de ser un juguete de Calles para pasar dos meses después a manos de Lázaro Cárdenas, «un candidato desconocido que había peleado en las filas revolucionarias y como gobernador de Michoacán había ganado prestigio construyendo escuelas y reforzando leyes agrarias», en palabras

otra vez de Anita Brenner. Sí, había salido del Partido Nacional Revolucionario, pero ya no formaba parte del Maximato.

Cárdenas fue el primer mandatario mexicano en gobernar seis años. Todo el mundo tiene presentes su Expropiación Petrolera y la ayuda que brindó a los exiliados de la Guerra Civil Española, pero a nosotros nos interesa más su relación —la de su gobierno— con don Modesto Rolland, que fue muy buena. Durante ese sexenio obtuvo sus mejores puestos. Pasa que Cárdenas había designado a Francisco Múgica como titular de Comunicaciones y Obras Públicas, lo que a la postre ayudó a Rolland, pues ya hemos visto que eran supercercanos y parte del mismo grupo de Alvarado. Como era de esperarse, lo invitó a trabajar con él. Ya no como director de Vías Férreas de México, sino en un cargo más alto al interior de la secretaría:

—Sólo aguántame unos meses y te aviso.

—Está bien, mano, sirve que termino de arreglar unos asuntos.

—¿Lo de la Compañía Petrolera Veracruzana?

—Sí, ya ves que andamos en eso y creo que hasta me quieren hacer presidente.

—¿También es de japoneses como La Laguna?

—Sí y no, luego te cuento con calma.

Sobre esto último comenta Jorge Rolland: «En lo personal creo —como Justin Castro— que en



ambas empresas Modesto era prestanombres del gobierno federal, pues Múgica y tal vez Cárdenas querían diversificar la explotación petrolera con inversiones de otros países, pues de hecho al parecer ésta no fue nacionalizada de inmediato como en el caso de las compañías inglesas y estadounidenses».

En el 35 también lo encontramos ultimando detalles para la inauguración del suntuoso Hotel Chula Vista en el que había estado trabajando hacía un par de años. Sus instalaciones al poniente de Cuernavaca, con cinco plantas y 130 habitaciones, se pusieron de moda esa década y la siguiente y entre las personalidades que lo visitaron podemos citar a Agustín Lara, Pedro Infante y María Félix. En 2017 el complejo fue rescatado por la Universidad Autónoma de Morelos para construir un centro cultural.

Múgica ofreció, pues, a Rolland la dirección general de Construcción de Ferrocarriles, una dependencia que sólo inició operaciones en abril del 36. Desde ahí el ingeniero Rolland supervisó desarrollos en el puerto de Progreso, avances en el astillero de Campeche y el comienzo en forma del Ferrocarril del Sureste, obra tardadísima que sólo habría de inaugurarse hasta 1950. ¡Por fin Yucatán iba a poder comunicarse por tierra con el resto del país! Era un sueño largamente anhelado por él y su hermanito Alvarado lustros atrás.

Además le tocó la creación de la empresa Ferrocarril Sonora-Baja California en 1937 cuyos esforzados avances alcanzaron Puerto Peñasco unos tres años más tarde bajo la batuta de nuestro amigo.

En octubre del 38 Múgica nombró a Rolland subsecretario de la dependencia y lo primero que hizo allí —lo que tenía de patriota lo tenía también de obstinado— fue presentar una conferencia en Bellas Artes con el tema de los puertos libres. No quitaba el dedo del renglón, había que sacarlos de su letargo cuanto antes.

Al mes siguiente ordenó al pintor Juan O’Gorman quitar de su mural del aeropuerto las cabezas de serpiente de Hitler y Mussolini. Resulta que un diplomático alemán se había quejado. Modesto se convirtió, pues, en el blanco de la ira de artistas y pensadores comunistas como Diego Rivera, Frida Kahlo, Roberto Montenegro y Octavio Paz. Menos mal que no había redes sociales. Explica Justin Castro: «La realidad era que Rolland estaba actuando en nombre de sus superiores políticos. Asumió la culpa, dejando la imagen de sus superiores izquierdistas *bona fide* menos empañada». Superiores que sabían bien que los únicos que compraban crudo mexicano tras su nacionalización eran Alemania, Italia y Japón.

Mil novecientos treinta y nueve comenzó con Múgica renunciando a Comunicaciones porque

albergaba otros planes que empezaban con «presi» y terminaban en «denciales». Por lealtad Modesto Rolland siguió su ejemplo. Había durado en el puesto tres meses (muy bien aprovechados: trámites de radiodifusión, banderazo de construcción de nuevos edificios en el aeropuerto tapatío, firmas de decretos vinculados con la Expropiación Petrolera, etcétera).

Lo bueno es que pronto, en la primavera, cambiaría de trabajo. En el ínterin bien pudo haber tomado vacaciones en el Chula Vista o dedicarse a pasar tiempo con su familia, pero en cambio aprovechó esas semanas para unirse a una comitiva que acompañó a Cárdenas en una gira de trabajo por el norte de Sonora y la península de California. Sabemos que lo alcanzó en Hermosillo y ahí platicaron de su idea de extender la zona libre por la península entera y no sólo en la zona fronteriza norte. El presidente hizo caso. Ambos tenían mucho en común y tal vez durante el viaje —el grupo abordó un barco para recorrer la costa del Pacífico— también charlaron del comienzo de la segunda guerra mundial, el surgimiento del Partido Acción Nacional o el reciente fallecimiento de Francisco León de la Barra. ¿Comentarían la película *Allá en el rancho grande*, estrenada tres años antes, pero que aún daba mucho de que hablar, o tendrían más presente *Juan sin miedo*, de las primeras con Jorge Negrete? Nosotros creemos que más bien hablarían de *Huapango* de

Juan Bustillo Oro. La Época de Oro del cine mexicano estaba naciendo y las canciones rancheras no dejaban de sonar en la XEW.

De regreso del magnífico viaje, Cárdenas lo nombró subsecretario de Economía bajo las órdenes del michoacano Efraín Buenrostro. «No soy político, soy servidor público», solía decir éste. Debió de ser un jefe ideal para Rolland. Desde su nuevo cargo, éste intercambió telegramas con el presidente, varios alusivos a la Baja California, y emitió interesantes propuestas para favorecer la península, como explotar los grandes depósitos de carbonato de sodio (muy útil para producir vidrio y sosa cáustica) de la salina La Soda y obtener fertilizante a partir del guano abundante en las islas del Pacífico y el golfo de California. De tales ideas surgió una comisión científica. Y en mayo firmó un acuerdo importante con cuatro petroleras estadounidenses que habían sido expropiadas. Se les retribuyó justamente y así pudo destrabarse el bloqueo gringo hacia los productos petroleros de México.

Modesto estaba feliz. Un mes antes el Congreso de la Unión había estudiado y aprobado una iniciativa del propio Cárdenas para reinstalar al año siguiente los Puertos Libres Mexicanos, esta vez como organismo descentralizado, en Coatzacoalcos (antes Puerto México), Salina Cruz y Topolobampo. Adivinen quién redactó el documento y aparece entre los

firmantes. Sí, el mismo que será su gerente general entre 1940 y 1952.

Continuaban las buenas noticias: en julio el presidente creó una comisión especial para impulsar el desarrollo de la península a través de coordinar el trabajo de distintas secretarías y paraestatales. La nombró Comisión Intersecretarial Pro Baja California y obvio fue presidida por nuestro amigo Rolland:

—Tenemos que sembrar muchos árboles, ¿no cree, señor Buenrostro?

—Claro que sí, ¿por qué no invitamos a Miguel Ángel de Quevedo para que se integre a la Comisión?

—¡Por supuesto! Y también habría que prohibir la pesca con cierto tipo de redes y...

—Todo lo que usted proponga me parece perfecto. Nadie conoce ni ama Baja California como usted lo hace en toda la secretaría.

Simultáneamente don Modesto se ocupó de otras funciones propias de la subsecretaría de Economía, como firmar en septiembre la patente de la televisión a color otorgada a Guillermo González Camarena. Dos meses después, dictó una conferencia ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística titulada «Puertos Libres y el tráfico interoceánico por el Istmo de Tehuantepec». En ella detalló el funcionamiento del organismo descentralizado e incluyó en su esquema a la población de Matías Romero, en el

corazón del Istmo, para la cual proyectó industrias y actividad comercial como parte del manejo del Ferrocarril de Tehuantepec. Asimismo advirtió sobre el problema que representaban los Puertos Libres Mexicanos para el comercio de Estados Unidos, país con el que había que llegar a un acuerdo sí o sí.

También en noviembre la Comisión Intersecretarial Pro Baja California hizo entrega de una detallada propuesta de inversión para 1940 y durante el sexenio siguiente. A nuestro pacheño no le faltaban ideas, una de ellas fue plantar semillas de coco provenientes de Cozumel y Colima para llenar de palmeras el Mogote, península arenosa frente a La Paz.

En enero del 40 publicó un artículo sobre su viaje con Cárdenas para el suplemento dominical de la revista *Novedades*.

Hasta aquí el cardenismo y el periplo de don Modesto por la Secretaría de Economía.

En diciembre, Manuel Ávila Camacho —candidato del Partido de la Revolución Mexicana, heredero del Nacional Revolucionario y a su vez antecesor del PRI— tomó protesta como presidente y el ingeniero Rolland fue refrendado al frente de los Puertos Libres Mexicanos. A esta comisión dedicó casi todo su tiempo y energía a lo largo de los siguientes 12 años.

Tiempo, energía y más de un dolor de cabeza. Luego de tantísimo tiempo en letargo, era necesario

reparar el ferrocarril y los muelles y almacenes en Salina Cruz, donde además había que dragar canales. Todo esto costaba millones. Al principio los gringos mostraron interés (así evitarían embotellamientos en el Canal de Panamá y se preparaban en caso de una guerra con Alemania y Japón) y hasta reabrieron consulados en Coatzacoalcos y Salina Cruz, pero al final nuestro amigo batalló mucho para conseguir financiamiento. Para terminarla de amolar, en el verano del 43 sus amados puertos no estaban funcionando tan intensamente como se hubiera deseado por razones que no viene al caso comentar ahora. Pero don Modesto hacía lo que podía. En julio del 46, por ejemplo, presentó un rompedor proyecto de transporte terrestre de buques por el Istmo conocido como la Decavía. Y no se nos olvide añadir que también incorporó a Ensenada en este organismo.

En sí mismo es un tema que da para un libro aparte. Por ahora repasemos velozmente lo que pasó con nuestro amigo durante el resto del avilacamachismo.

En enero del 41 Múgica asumió la gubernatura del Territorio Sur de la Baja California —no le tocaba ser presidente— y, claro, solicitó consejos a su amigo para desarrollar el terruño. Éste le planteó cuatro puntos: impulsar de manera definitiva la zona libre, emprender una reforma tributaria, solucionar

científicamente el sistema de irrigación y desarrollar la industria del mar.

También ese año don Modesto y su esposa compraron el rancho Santa Margarita en las afueras de Córdoba, anticipando su retiro. Eran alrededor de cien hectáreas en las que sembraron naranja y aguacate y aprovecharon las matas de café y plátanos pre-existentes. Junto a la casa, en un establo, tuvieron vacas para vender su leche. También criaron cerdos y hasta instalaron un apiario y un trapiche de caña, entre otras obras. Pero lo primero fue empedrar el camino. Años después, en el 45, Modesto reconstruyó el puente sobre el río San Antonio en la Calle 1, por lo que el Ayuntamiento lo renombró en su honor. A Modesto le gustaba pasar ahí los fines de semana: no quedaba lejos de Coatzacoalcos ni tampoco de México. Córdoba le traía buenos recuerdos. Ahí había hecho escala con Carranza en noviembre de 1914 cuando se dirigían a instalar la capital en el puerto. Era además la tierra de Cándido Aguilar, otro leal al primer jefe, y de los ingenieros Zeevaert. Amaba Veracruz y se sentía como en casa.

En 2024 visitamos las ruinas de Santa Margarita: muchas mariposas, verdores varios, un mango enorme a la entrada y los restos de un silo muy alto. «Si hubieras visto lo que era este sitio... Por afuera se oía que tocaban el piano», nos cuenta Miguel Layún padre.

En 1943 el presidente Ávila Camacho invitó a nuestro amigo, que para entonces ya padecía de diabetes, a participar en un ambicioso proyecto en Chiapas nombrándolo representante del ejecutivo federal y coordinador de la Comisión del Suchiate, formada por decreto en febrero del año anterior. La idea era fortalecer la frontera, construir un puente internacional, mejorar la infraestructura municipal en diversas ciudades, mejorar los sistemas de riego, reducir las inundaciones, aumentar las superficies de cultivo, construir el puerto de Nuevo Morelos e incoportarlo a los puertos libres, levantar estatuas de próceres, construir hospitales y escuelas, instalar estaciones climatológicas, hacer carreteras y radiodifusoras, etcétera. ¿Y su nieve de qué la quiere? Eran muchos los planes y, como suele pasar, muy escasos el tiempo y el dinero. Representaba un reto, además, coordinar la participación de las distintas secretarías involucradas. Actualmente no podemos evitar preguntarnos cuánto de todo aquello se habrá podido cumplir cabalmente. ¿Algún chiapaneco en la sala? Pero para proyectos ambiciosos el que visitaremos a continuación antes de cerrar nuestro libro...

EXIGENTE, ENÉRGICO, EXPLOSIVO

Nos bajamos en la estación de Metrobús Ciudad de los Deportes de la Línea 1, la que va por Insurgentes, para caminar sobre el Eje 6 Sur en dirección contraria a los coches. A la derecha, un Walmart Express y un Suburbia a cuyas espaldas se asoma serio, robusto, el gran Estadio Ciudad de los Deportes con sus característicos colores azul, blanco y rojo, los del Club de Fútbol Cruz Azul. Lo circundan las calles de Indiana, Carolina y Maximino Ávila Camacho. ¿Hace faltar decir que estamos en la Ciudad de México?

Tomamos Indiana con la intención de rodearlo. Es martes al mediodía, no se oye un alma. «Pero si vieran cómo se pone aquí cuando hay partido», dice un policía. «Casi siempre los sábados a eso de las seis.» De vez en cuando pasa un coche; los árboles lucen tranquilos, melancólicos; huele a caca de perro y esmog. El estadio tiene 24 puertas, en cada una letreros prohíben el ingreso con armas de cualquier tipo, punteros

o dispositivos láser, material con contenido ofensivo, cinturones con hebillas, etcétera. La Puerta 7 es para personas con discapacidad. También hay pósters que anuncian que el estacionamiento del World Trade Center es el mero oficial: \$105 pesos por ocho horas.

Desde los accesos se aprecia la publicidad de la cancha por estar unos metros abajo: Carl's Jr, Cemento Cruz Azul, AT&T. Al principio este recinto era capaz de recibir a 45 mil aficionados sentados, pero por distintas adecuaciones a lo largo del tiempo su aforo se redujo a 36 mil 681. Nada mal, casi la décima parte de los habitantes de esta alcaldía Benito Juárez.

Salvo por ciertos detalles, la obra fue concluida a fines de 1945. Es curioso que en los primeros meses ningún equipo local haya querido usarlo: quedaba bien lejos. Por eso su inauguración sólo ocurrió hasta octubre del año siguiente con un encuentro de fútbol americano. Finalmente el soccer llegó en enero del 47. Ha tenido cuatro nombres: Estadio Olímpico de la Ciudad de los Deportes, Azulgrana cuando fue sede del Atlante Fútbol Club y antes de recibir el que hoy lleva era el Estadio Azul.

Su historia es extensa, pero sirvan los siguientes datos a manera de anecdotario: en agosto de 1978 se convirtió en el primer inmueble que celebró un partido de la NFL fuera de Estados Unidos, en el 89 Juan Gabriel ofreció aquí un concierto ante más de 50 mil

fans, Maradona pisó su césped en 2002 y Messi en 2011, Guns N' Roses consiguió llenarlo en 2022... Sin embargo el dato que más nos gusta es que fue el primer foro para espectáculos deportivos en la capital hecho de puro concreto. Un auténtico hito.

Tras recorrer el breve tramo sobre Maximino llegamos a Carolina, que es la calle que separa el estadio de la Plaza México. Ese es el nombre oficial del coso taurino más grande del mundo con capacidad para 42 mil personas sentadas. El ruedo se hizo 20 metros abajo del nivel de la calle (al igual que el estadio, fue levantado sobre enormes hoyos para la extracción de arcilla dejados por una ladrillera) y su parte alta alcanzó otros 20, de forma que se pudo duplicar el tamaño de otras plazas muy grandes como Las Ventas en Madrid, La Maestranza en Sevilla y la Monumental de Barcelona.

Pero, ¿qué hacemos aquí y cuál es la relación con don Modesto Rolland?

Hemos venido a echarle un ojo a su obra más conocida y reconocida, la culminación de su talento: el par de edificios originalmente pensados para formar parte de la Ciudad de los Deportes, colosal proyecto de instalaciones deportivas que incluía un frontón para 7 mil espectadores, 10 frontones al aire libre, pista de atletismo, 12 canchas de tenis, alberca olímpica, otra con playa y mecanismos para simular



olas, arena de box y lucha libre para 14 mil asistentes, 40 boliches, restaurantes, cines, estacionamiento para 2 mil coches... Lástima que sólo hubo chance de construir el estadio y la plaza. La explicación es muy simple: el empresario que ponía la lana —el yucateco Neguib Simón, de origen libanés— invirtió toda su fortuna en ambos recintos y ya no le quedó un peso para seguirse con lo demás.

El señor Simón había adquirido terrenos pertenecientes al antiguo rancho de San Carlos en 1939 y en octubre del 41 dio a conocer que quería construir ahí una plaza de toros que sustituyera al Toreo de la Condesa, de principios de siglo. Así, en enero publicó una convocatoria para recibir propuestas arquitectónicas. En la primavera, el jurado escogió una que presentaron José Albarrán, Carlos Contreras y José López Moctezuma, arquitectazos los tres. La maqueta se exhibió desde julio en el Cine Alameda. Acto seguido, Simón contrató al ingeniero Rolland, a quien conocía de su época yucateca junto a Salvador Alvarado. Con todo y seguir al frente de los Puertos Libres Mexicanos, nuestro amigo se puso las pilas para diseñar el plan maestro de la Ciudad de los Deportes y los planos detallados de la plaza de toros, el estadio y el frontón. La primera piedra fue colocada por el regente de la ciudad Javier Rojo Gómez en abril de 1944, pero la preparación del terreno sólo inició hasta diciembre.

Los trabajos de concreto dieron comienzo en junio del 45 y en un increíble lapso de seis meses don Modesto ya andaba entregando plaza y estadio prácticamente acabados. Todo el mundo estaba asombrado por su rapidez, ¿cómo le hizo? Ya hemos visto lo eficiente que era para planear y ejecutar su chamba. Unos 10 mil obreros laboraron intensamente —sólo para el cimbrado de la parte alta se contrató a 3 mil 500 carpinteros que trabajaron 70 días seguidos y 600 hombres fueron necesarios para retirarla en 21 días— de todas las especialidades trabajando tres turnos, día y noche. El ingeniero Rolland nunca se apartó de la obra y se cuenta que su equipo de ingenieros, maestros, sobrestantes y subcontratistas le temían por ser un jefe exigente, enérgico y explosivo. Nadie le chistaba.

Finalmente el cinco de febrero de 1946 tuvo lugar la corrida inaugural, unos meses antes de abandonar la presidencia Manuel Ávila Camacho, hermano de Maximino, quien aparte de tener nombre de calle era el titular entre 1941 y 1945 de Comunicaciones y Obras Públicas, secretaria consentida de don Modesto. Sabemos que el presidente visitó la obra y seguro quedó encantado: la plaza representaba su anhelo de promover el progreso en el país.

No obstante al principio las autoridades se mostraron escépticas. No podían creer que la tribuna fuera a aguantar a más de 40 mil almas, por lo que fue

necesario hacer una prueba de carga colocando 120 mil sacos de arena de 50 kilos cada uno para cubrir los asientos, es decir, dos veces y medio el peso de la plaza llena. Así permaneció 10 días por si las moscas.

Otoño de 2024. Un pendón anuncia un concierto de Christian Nodal, que a diferencia de don Modesto cosechó su éxito en muy poquito tiempo. También vemos publicidad bien grande de Brandy Presidente, Chateau Domecq e Italika. Frente a la Puerta 11 del estadio (entre la 10 y la 11 aún quedan taquillas con rótulos antigüitos), sobre Carolina, hay un acceso que es prácticamente igual a los demás de la plaza: reja color rojo y dos grandes muros blancos en cada extremo en cuya decoración se evocan sendas columnas clásicas. Placas setenteras y ochenteras decoran los muros. Auspiciadas por la Porra Libre, «la afición», «la afición mexicana» y la Porra México, son trabajos esmerados con pequeñas esculturas firmadas por sus artífices. En lo alto a la izquierda una estatua de tamaño natural representa a Joselillo y a la derecha a Eduardo Liceaga, español y mexicano respectivamente. Debajo del paisano, dos salpicones de pintura roja. La barda entera, grafiteada. Una pinta llama nuestra atención: «Menos toros, más drogas». Es una barda baja color ladrillo, pero sin ladrillos, que permite ver desde la calle las pompis doradas, pero sin oro, de la gradería superior.

La gradería se pudo hacer merced a 22 mil piezas de asientos huecos precolados en una planta de prefabricados de concreto instalada ahí mismo en la obra. Las piezas se acarrearón manualmente para ser asentadas una por una sobre el talud del terreno natural compactado y estabilizado con tablonés. Las uniones de los asientos, todos son respaldo y apoyos para brazos, se colaron entre sí con mortero de cemento, sistema patentado por el propio Rolland.

Nos entretenemos charlando con un trabajador de mantenimiento:

—Oiga, ¿y aquí no hay fantasmas?

—Pues eso dicen mis compañeros, pero no me ha tocado, dicen que son toreros que han muerto aquí, de noche mueven las cosas y hacen ruidos.

—¿Nos dejaría entrar a ver la plaza vacía? Quizá podamos jugar a la ouija en el ruedo...

—Uy, eso sí no se puede. Antes de la pandemia hasta traían camiones con turistas, pero ahora ya el dueño no deja.

—¿Cómo se llama el dueño?

—No me acuerdo, pero también le renta el estadio al Cruz Azul.

Se refiere a Antonio Cosío, pero seguro no quiso ser indiscreto. ¿Lo estamos siendo nosotros? Doblamos por el otro tramo de Maximino para seguir rodeando la plaza. No deseamos abrumar al lector,

por lo que no describimos las estatuas de toreros de la Puerta 2, pero sépase que todas —veinticuatro, de concreto, recubiertas con una pátina bronce— son obra del valenciano Alfredo Just. Hay un libro de Mary Carmen Chávez Rivadeneyra al respecto. En la esquina con la Cerrada Augusto Rodin, un salón de fiestas con un bello letrero *vintage*.

En la Cerrada está la Puerta 1, o sea el acceso principal. Un vigilante confirma que las corridas son en domingo en la tarde, aunque desde las 10 hacen el sorteo en los corrales y cualquiera puede entrar sin boleto. Divisamos en el interior una estatua de Cantinflas que no es obra de Just. Al preguntarle al vigilante por el autor del inmueble responde que no sabe y ni ha visto la placa conmemorativa. Pero sí la hay.

Desde la banqueta de enfrente admiramos el grupo escultórico de 14 metros de largo que destaca en el frontispicio. Es un rejoneador con dos caballos, él montado sobre uno, y lo más llamativo son los 10 toros que lo siguen. Se llama *El encierro* y es del escultor antedicho. Ahí aparece su firma junto al año de elaboración, 1946, todo en letras doradas. La barda no tiene grafiti y aquí los muros lucen más blancos. A la izquierda, un torero sin nombre (lo tuvo) y a la derecha Eloy Cavazos. Debajo de ambos, taquillas pequeñas.

¡Qué imponente esta plaza! Ojalá un día el Senado de la República la nombre Monumento Artístico.

Sabemos que existe una iniciativa reciente que habla de una «hazaña monumental de nuestro tiempo, ya que la técnica que se aplicó en su edificación fue una innovación para la época, colmada de detalles e innovaciones arquitectónicas que dan personalidad a esta gran obra artística de notorio relieve dentro de los lineamientos del arte moderno». De hecho fue la primer obra en México en que se usaron de forma intensa y masiva elementos prefabricados de concreto. Por eso y otros motivos la *Revista Nacional de Arquitectura*, órgano del Colegio Oficial de Arquitectos de España, le dedicó su número de septiembre-octubre de 1949. Ahí aparece un artículo de don Modesto precedido por una presentación del Colegio que dice: «El alarde de ingeniería de esta magna obra constituye un notable antecedente técnico en el mundo para este tipo de obra».

¡Y eso que aún no hemos hablamos del desagüe! Dado que la México está sobre una excavación sin salida natural fue importante preparar meticulosamente este aspecto. Cada hilera de asientos desde el nivel de la calle hacia abajo está hecha con piedras precoladas huecas, convirtiéndose en canales por donde cae el agua de lluvia gracias a un agujero en cada asiento. Dichos canales desembocan en otros que son verticales en las escaleras. Finalmente estos desaguan por un conducto circular al pie de la gradería y junto al callejón para ir a parar a un cárcamo desde donde

puede trabajar una bomba eléctrica (o de gasolina en caso de emergencia) para sacar el agua hacia las atarjeas de las calles.

Es admirable que luego de tantos años las estructuras de la plaza y el estadio no hayan sufrido daños por sismos, lluvias intensas o presencia de multitudes y esa es una prueba que no todas las construcciones de la Ciudad de México son capaces de pasar exitosamente. Para nosotros es indudable que este par de recintos de 1945 —un año antes que Ávila Camacho expidiera el decreto de expropiación de los terrenos para construir Ciudad Universitaria— suponen la obra cumbre de don Modesto Rolland como ingeniero civil.

UN SER SOCIAL

En diciembre de 1946 arrancó el modernizante gobierno de Miguel Alemán, quien por suerte confirmó a nuestro amigo como gerente general de los Puertos Libres Mexicanos. Dos años después, en el otoño, don Modesto continuaba estudiando su proyecto de transportar buques de hasta 30 mil toneladas por el Istmo de Tehuantepec a casi 30 kilómetros por hora sobre esclusas viajeras movidas por motores eléctricos: la rompedora Decavía que había propuesto a fines del avilacamachismo. Así, en abril del 49 lo vemos buscando financiamiento gringo en Los Ángeles y dictando para ese fin una conferencia en el Compton College.

Otra obsesión de Rolland era solucionar el azolve incesante en Salina Cruz, puerto artificial diseñado y construido a principios de siglo por ingenieros ingleses que no habían previsto que la zona era pródiga en arrastre de arenas empujadas por el oleaje. Era

urgente emprender un dragado permanente, lo que resultaba carísimo. Aun así nuestro amigo consiguió formular un sistema que bombearía las arenas, succionándolas y conduciéndolas por tuberías a través de los muelles de un lado a otro del puerto. El proyecto de la Draga Fija, único en el mundo, contaba además con un puente giratorio para dar paso a los barcos en el acceso a la dársena. Tales ideas despertaron un enorme interés internacional y Modesto fue invitado a la Segunda Conferencia de Ingeniería de Costas en Houston. Esto en 1951.

Lo malo es que luego de 12 años al frente de los puertos libres, el nuevo presidente Adolfo Ruiz Cortines lo cesó de su cargo a él y toda su mesa directa. ¿El motivo? Don Modesto había publicado un documento titulado *Efectiva manera de evitar la miseria pública y combatir el comunismo* despuesito de asumir la presidencia el susodicho en diciembre del 52. Se trataba de un conjunto de propuestas claras, redactadas a petición del propio mandatario, en que se exponían problemones en materia agraria, electoral, etcétera. La verdad tiene un sabor amargo entre los poderosos y es un error común dispararle al mensajero.

Por eso el utilísimo plan de la Draga Fija en Salina Cruz no pudo llegar a buen puerto.

A pesar de todo, la reputación de nuestro amigo no se vio afectada en lo absoluto y de hecho en 1954

el arquitecto Carlos Lazo, titular de Comunicaciones y Obras Públicas, lo invitó junto a Carlos Contreras a idear y proyectar el plan maestro del Centro SCOP, en la Ciudad de México, que como muchos saben fue demolido a consecuencia del sismo de 2017.

En 1957 don Modesto, con 76 primaveras encima, trasladó su residencia definitiva a la ciudad de Córdoba, al rancho que había comprado con su esposa la década anterior. Para ello tuvo que vender su casa de Avenida Chapultepec. El cordobés Roberto de Jesús Olavarrieta Marengo, profesor de arquitectura de la Universidad Veracruzana nos comparte un testimonio:

Cuando yo era niño mi mamá y una tía eran amigas de Anita Rolland y se reunían en la Santa Margarita con cierta frecuencia. En ocasiones me llevaban y recuerdo que había que cruzar un pequeño arroyo, donde luego se construyó el primer fraccionamiento del Infonavit del país. La casa no era lujosa, pero sí bonita y acogedora. Había una chimenea en la sala y unos portales que daban hacia el frente con hermosas vistas hacia el centro de la ciudad. El ingeniero Rolland siguió activo en Córdoba implementando ideas de riego y mejora de cultivos, esto hace falta estudiarlo bien. En abril de 2024 se decidió nombrar una calle en su honor: uno de los caminos de



acceso al antiguo rancho, donde está la Facultad de Arquitectura. Las gestiones las hicimos entre Jorge Rolland y un servidor.

La develación de la placa tuvo lugar el 21 de noviembre con la presencia de autoridades y el par de amigos. Es más que justo que se le recuerde como un cordobés ilustre y probablemente en otras regiones del país la vida y obra de don Modesto Rolland comience a emerger del olvido habida cuenta de sus contribuciones en diversos campos que transformaron y siguen transformando el país y el bienestar de su gente.

Rodeado del sonido de marimboles, avispas zapateras, amoyotes, azayacates, chaquistes, mayates, cocuyos, unicornios, cuatapalcates, atepocates, lagartijas cuijas, pinacates y arañas capulinas que colmaban el día a día en Córdoba, a decir del escritor Jordi Soler, murió nuestro amigo por complicaciones de la diabetes el lunes 17 de mayo de 1965, semanas antes de cumplir 84. Su espíritu sobrevoló primero las ruinas de la zona arqueológicas de Toxpan para terminar fundiéndose con la memoria de México.

Fue enterrado en el Panteón Jardín de la Ciudad de México y no es raro pensar que el ex presidente Adolfo López Mateos haya mandado una corona de flores. En 1958 lo había acompañado en una gira de

campana a título de prohombre de la Baja California. Las palabras de honor las hizo su concuño, el Lic. Eli-seo Bandala Fernández, alto funcionario de la Secretaría de Educación Pública y uno de los fundadores de la escuela rural mexicana.

Dejando a un lado a Huerta, Calles y Ruiz Cortines, es de notar que nuestro amigo haya colaborado con cada presidente de la revolución y la posrevolución. De esto muy poca gente podía jactarse a mediados de siglo. Se necesitaba sagacidad y ser suficientemente apolítico.

Este 2025 se necesitan más mexicanos así, que al margen de la política y movidos por un sincero amor a la patria se atrevan a mejorar el destino del país. ¿Alguna lectora o lector que levante la mano? Sólo hace falta congruencia y actitud propositiva, además de muchísimo estudio y trabajo honesto y bien hecho. También por supuesto ayuda tener ideas modernas y estar actualizado.

Docente, ingeniero, constructor, arquitecto, urbanista y promotor del desarrollo agrario y portuario de México, la figura de Modesto C. Rolland no puede entenderse del todo si no se analiza también su proactivismo social y político. Tal ha sido el propósito de este libro cuya lectura agradecemos.

Terminamos con una frase que nos dijo hace poco el arquitecto Felipe Leal, miembro del Colegio

Nacional, otro entusiasta del ingeniero Rolland: «Lo más importante de él es que además de ser un gran constructor fue un auténtico ser social.»

Un ejemplo para la juventud mexicana, para que se atreva a inventar también, con humanismo, tenacidad, técnica, ética y compromiso, el México del mañana.

ÍNDICE

UN ESPÍRITU RENACENTISTA	7
EL LÍMPIDO CRISTAL DE UN ESPEJO	11
UNA CIUDAD «DE TRUENO»	15
RESPIRADEROS, FACHADA, MEMORIA	21
UNA REVOLUCIÓN CONSTRUCTIVA	29
UNA REVOLUCIÓN CIVIL	35
CONSTITUCIONALISMO Y MUCHOS VIAJES	43
ESPADA Y PLUMA DESENVAINADAS	61
19-20	83
OCHO MIL PROPUESTAS EN CAMPAÑA	91
UNA OBRA HECHA PARA SIEMPRE	107
INTERMEDIO	119
EXIGENTE, ENÉRGICO, EXPLOSIVO	137
UN SER SOCIAL	149

El inventor del mañana: La asombrosa vida de
Modesto C. Rolland de Jorge Pedro Uribe Llamas,
se terminó de imprimir en los talleres de
Editorial Color, Col. Santa María la Ribera,
Ciudad de México, en mayo de 2025.
Se imprimieron mil ejemplares.

ALTERNATIVAEDITORIAL

EL INVENTOR DEL MAÑANA

LA ASOMBROSA VIDA DE MODESTO C. ROLLAND

El inventor del mañana: *La asombrosa vida de Modesto C. Rolland* del escritor Jorge Pedro Uribe Llamas es una biografía concisa e inspiradora para jóvenes que narra el viaje de un ingeniero visionario. Desde sus humildes orígenes sudcalifornianos, Modesto C. Rolland (1881-1965) se convirtió en pionero del concreto armado y en un revolucionario que transformó la infraestructura y el futuro de México. Con determinación e innovación, su vida demuestra que el ingenio y el compromiso pueden abrir caminos hacia un mañana mejor.

ILUSTRACIONES DE THALÍA MENDOZA



9 786076 992036